CONTICINIO

Por Vivienne Bradford

DEDICATORIA

Para mi procrastinación, yo gané.

AGRADECIMIENTOS

Mención especial a todos los amigos que me apoyaron cuando el lupus y mi depresión cronica estuvieron a punto de tumbarme a principios de este año.

Gracias, gracias, gracias.

Nunca lo olvidaré.

INTRODUCCIÓN

Octubre 15, 1963. En algún lugar de Inglaterra…

Los fantasmas existen, es todo lo que sé.

Cada noche, desde que enterraron al señor Brooks, mi padre; he sufrido de algo que los doctores llaman melancolía. Y en casos más extremos, esquizofrenia.

Tres años seguidos de desalentadores diagnósticos; evitando por pura suerte la puerta de acceso al manicomio.

Pero lo que dicen no puede ser cierto. No les creas.

Al principio la pesadilla estaba hecha de humo, una presencia asfixiante. Y luego, cuando al fin terminó la gestación, se abrió paso al mundo desde mi cabeza con la misma violencia que Atenea empleo para nacer.

La aflicción, mi maldición, no está emparentada con lo terrenal.

Una vez la jugosa luna se alza en lo alto, y

el mundo silencioso se traga al completo las palabras, se cierne sobre mí un cadáver putrefacto, incapaz de ser expedito. Extremidades largas y esqueléticas, gajos de piel, trozos de músculo. Sus manos, callosas, recorren mi cuerpo; un cariño gélido. Sus labios, resecos, impuros. Se alimenta de mi carne, de mi alma. No tiene rostro ¿Como podría tener rostro?

Puedo jurarlo. Sobre mi lápida. Por mis preciadas letras.

Y aun así no me creerías.

El doctor Gordon no me cree.

No me cree incluso cuando le digo que me encuentro bien. Que he dormido, comido y bebido con sanidad. Que disfrute a lo largo del día de toda la placidez con la que tuve la fortuna de nacer.

Me ha recomendado que adquiera la costumbre de escribir un diario, documentando mis sueños, mis temores. No sabe que desde hace tiempo tengo uno.

No confío en él.

Estoy adquiriendo la costumbre de mentir, de crear una apariencia mucho más afable que se adapte a las necesidades de los demás.

Todo con tal de que no me internen.

Este querido “mundo ficticio” que se halla gritando dentro de mí, es el más verdadero.

Ya verás porqué…

HORA DEL TÉ

Presente, 1967.

La viuda de Brooks, como es conocida en los círculos sociales desde que su marido se ahogó con su propia sangre hace un par de años, está sentada con dignidad en uno de los costosos sillones Luis XV, rodeada por las paredes tapizadas con flores del boudoir, protegida por la piedra de su exuberante y longeva mansión.

El sol estaba a mitad de camino hacia su descenso. Celine Brooks sostenía su taza de té con más fuerza de la necesaria. Una sonrisa demasiado afable, demasiado estirada, se plasmaba en sus rasgos puntiagudos de burguesa.

Su hija estaba sentada frente a ella, hojeando con desinterés una de las revistas de moda que le llegaban a Celine en montones: pilas vibrantes que aún olían a papel recién cortado y pegamento fresco.

La pobre de Frances, remilgada y prudente a sus diecisiete años por los fármacos que habían entumecido los arrebatos de su

catastrófica niñez. Ausente, como un cervatillo despistado.

—Si algo te llama la atención puedes decirme. —Dijo Celine, su voz rasgó el silencio como un corte inesperado en la piel. Los labios de la mujer permanecieron curvados hacia arriba.

Si tan solo hubiera algo que su hija deseara de verdad.

Frances le dedica una pequeña sonrisa a su madre antes de señalar algo al azar en la revista y entregársela.

Celine toma la revista con una mano. Le dedica apenas un vistazo al vestido celeste antes de asentir como forma de aprobación a su hija.

—¿Segura que no quieres nada más? —pregunta en tono dulce, ambiguo.

Frances niega levemente con la cabeza. Podrían pasarse todo el día así, sonriéndose como estúpidas y hablando en tono monocorde, lanzando alguna que otra pregunta sin importancia y recibiendo una respuesta igual de anodina. Celine siempre sonreía en exceso, intentando sobreponerse al hecho de que no sabía cómo tratar a su hija, esa desconocida que había salido de su vientre.

—Muchas gracias, madre… ¿Qué tal va el proyecto de caridad? —La voz de Frances era

débil, baja por naturaleza. Escondió su rostro infantil detrás de la taza de porcelana china, esperando a que su madre soltara la bomba. Sabía que algo pasaba, le estaba dando hincapié a comunicárselo de una forma imperceptible. Frances perfeccionaba siempre que podía el arte de la superstición y el engaño.

Afilaba sus técnicas con cada persona con la que interactuaba, como un espadachín cuidaba su espada, desde hacía tanto tiempo que hasta había conseguido despistar a su psiquiatra. En comparación, su madre era un sujeto simple.

—Me alegra decir que va de maravilla, las señoras Inglaporth y Carrington son tan bondadosas. No podría hacerlo sin ellas. Ya sabes, los niños de esa clase son tan retraídos algunas veces. Sin embargo…

Frances pestañea, su leve sonrisa titubea un poco antes de recomponerse.

Hace seis meses que Celine había iniciado un “proyecto de caridad” junto a las demás señoras modestas y recatadas como golondrinas que eran sus amigas. Si es que se podía llamar caridad a comprar un sinfín de juguetes para los niños huérfanos, convivir con ellos durante una hora para sacarse fotos

que luego aparecerían en primera plana en el periódico y, finalmente, marcharse sin mirar atrás en sus lujosos coches conducidos por alguien más. Frances no sabía a quién se le había ocurrido la idea, solo que los motivos verdaderos involucraban alguna especie de campaña política por la cual no estaba interesada en lo más mínimo.

—Los demás miembros piensan que sería cruel de nuestra parte privar a los niños más necesitados de nuestra bondad. Como, por ejemplo, los de Gales o Escocia —continúa Celine, observando a su hija expectante.

Frances no reacciona. Incluso deja de respirar por un segundo.

Las miembros en cuestión eran un total de ocho mujeres, casadas con personas importantes o pertenecientes a la alta sociedad inglesa. Todas íntimas de su madre, quien participaba con esmero en las actividades sociales para evitar ser excluida de los círculos más influyentes.

A Frances se le secó la boca. Bebió algo de té antes de responder.

—Entonces, ¿te irás?

—Oh no, linda. Si te sientes mal, yo me quedaré aquí contigo. Como siempre. Seguro que a mis amigas no les molestaría enviarme

cartas. Ojalá se la pasen bien ayudando a esos huérfanos, no recuerdo cuándo fue la última vez que vi a uno de esos angelitos sonreír —dijo Celine con gesto abatido.

Frances estira el brazo para poner la mano sobre la de su madre, una acción mecánica.

Sonríe de forma reconfortante.

Ella sabe lo que tiene que decir a continuación. Y lo hace, interpretando a la perfección su papel de hija complaciente.

—No te preocupes, yo estaré bien. Prefiero que seas feliz ayudando a la gente. El mundo no merece tu bondad, madre. Celine suelta un chillido de alegría, sintiendo cómo la tensión abandona su cuerpo. Atrae el rostro de su hija hacia sí para darle un sonoro beso en la mejilla.

—Eres la mejor hija que una madre puede desear. ¡Te prometo que solo serán un par de días, volveré antes de que te des cuenta! —exclamó la mujer rebosante de entusiasmo.

La viuda de Brooks se pasó el resto de la merienda parloteando acerca de los chismes más jugosos que le habían llegado hasta sus oídos. El té se fue sirviendo hasta que solo quedaron los restos de las hojas y las migas de los bocaditos.

Frances escuchaba, impávida a simple vista.

DISOLUCIÓN

Estaba oscuro:
un cielo horizontal de mármol blanco,
un suelo vertical de acero.

El gélido viento entraba desde abajo,
por entre las aberturas.

No me veían. No me oían.

La garganta, hecha arena;
la lengua materna,
evaporándose junto con el delicado rocío crepuscular.

Las gárgolas se convirtieron en demonios,
y los ángeles,
en ignorantes seres celestiales.
Fue entonces cuando le llamé:
a Dios, a Lucifer.

Grité por cualquiera que pudiera salvarme,

curar mi soledad asfixiante con la dulzura de un bálsamo.

No acudió ninguno.



En septiembre, las hojas caían sin contemplaciones. Ocre, marrón y terracota acaparaban los suelos adoquinados y cubrían el pasto del color húmedo del musgo con su tela raída. La belleza de los desordenados jardines “franceses” de la mansión se veía abruptamente interrumpida por el caos otoñal. El verdor abandonaba el cuerpo de los árboles y arbustos anémicos, que dejaban de lado la opulencia veraniega para desvestirse en señal de respeto a la llegada próxima del tiránico invierno.

Frances, de pie en la entrada de su casa, sostenía un paraguas negro sobre su cabellera oscura para protegerse de la llovizna matutina. Al igual que en tantas ocasiones, la sonrisa que parecía cosida a su rostro no alcanzaba sus ojos avellana, profundos y apagados, como el pelaje de una ardilla que se queda sin alimento.

Desde lejos, el chico del rastrillo lo observaba todo con sus ojos saltones de sapo,

oculto entre las sombras de un rincón medio velado en el primer piso de la residencia, que se esforzaba en vano por simularse esplendorosa ante la inminente partida de su queridísima señora.

El conductor forcejeaba con el voluminoso equipaje de Celine, intentando hacerlo caber en la diminuta cajuela del coche, como si resolviera un rompecabezas imposible. Mientras tanto, la señora Brooks permanecía en el recibidor, dictando sus últimas instrucciones a las jardineras encargadas de su preciado invernadero repleto de orquídeas. Las dos ancianas que compartían habitación en el ala de empleados escuchaban las órdenes de la mujer rosa con una indiferencia evidente. A Isobel y Winifred no les agradaba que les indicarán cómo hacer su trabajo.

Frances ensanchó su sonrisa cuando su madre dejó en paz a las dos exactrices para ponerse frente a ella, con las lágrimas contenidas. A pesar de la impresión que causaba, Celine no se había separado ni un instante de su hija desde la muerte por tuberculosis del señor Brooks.

Si bien era cierto que haber permanecido encerrada durante tantos años en aquel

vejestorio heredado que era la mansión había hecho su carácter algo mezquino, la viuda no podía evitar sentirse algo culpable por dejar atrás a su hija.

La envolvió en sus brazos de manera suave. Frances se aferró a su madre un poco más de tiempo antes de soltarla.

—Te voy a extrañar. —confesó Frances.

La mujer no respondió; se limitó a darle un beso sonoro en la frente a su hija, como forma de despedida, antes de encaramarse en su lujoso y larguirucho vehículo, que la llevaría al aeropuerto.

El coche arrancó salpicando agua tras de sí.

Por un momento, Frances olvidó todas las reglas que se había impuesto y dejó caer el paraguas, avanzando a paso rápido hasta quedar en medio del camino de grava. Agitó la mano en el aire para decir adiós, mientras un leve escozor se apoderaba de sus ojos al ver cómo su madre se alejaba en dirección a la carretera que llevaba a la ciudad.

Celine no volteó a mirar atrás, plenamente consciente de que, una vez estuviera en esas discretas vacaciones que había planeado junto a sus amigas, se olvidaría incluso de que alguna vez se había casado, dado a luz a una hija o vivido entre las sombrías paredes

de Brooks Manor.

SILENCIO

Cinco días después…

No duerme. Siente que no ha dormido en una eternidad, intentando en vano evocar la calidez que proporciona otro cuerpo en la gelidez de la soledad propia.

Si bien su madre no era un ser inconmensurable de afecto y buena disposición para el prójimo, al menos estuvo ahí para eclipsar el tétrico sonido que es el áspero resuello de la mansión al caer la noche.

La mujer se había llevado su amplio repertorio de vinilos consigo y ahora no había nada que disimulara el jadeo colectivo del viento pasando por los arcos huecos, la rechinante madera envejecida, el grito que sueltan las bisagras oxidadas de las puertas que se suponen cerradas y el caminar de los bichos parásitos por debajo de su cama.

Ha pasado poco tiempo desde que su madre se fue y es como si la piel se le estuviera descascarando hora tras hora. Intenta regular el sonido de su respiración profunda, porque sabe que no es la única que habita el tercer piso de La Residencia. Aunque en plena luz del día debe aparentar que sí.

Tiene que fingir que la penumbra no es distinta, que no posee otro rostro completamente diferente al sol que se oculta tras una máscara de cristal demasiado frágil para su gusto.

Le escribió.

Por supuesto que le escribió a su madre en cuanto creyó con seguridad que la misma había llegado a su destino. La respuesta a su necesidad, camuflada en puntos amenos y modestas comas, la obtuvo la mañana anterior: una postal cualquiera en donde una serie de edificios de ladrillo rojizo lucían imponentes en pleno día, con el cielo celeste saturado de fondo, en donde se ensalzaba una caligrafía estilizada de color negro que rezaba *Birmingham* en todo lo grande.

La misiva era corta y ponía:

16/09/67

¡Una parada rápida en Jewelry Quarter! No te preocupes, no me olvidé de ti.

Te quiere,

Tu madre.

***

Frances intuía que solo era el comienzo de una serie de respuestas sordas a sus cartas, para que ella no pensara que su madre no movía ni un dedo en lo absoluto y perdiera la oportunidad de reclamarle a su regreso.

Cuando la correspondencia llegó el día dieciocho, Frances la había puesto debajo de su almohada antes de acostarse, luego de darle una rápida leída.

Ahora, ante la inminente madrugada del diecinueve, conserva los ojos cerrados con fuerza para ignorar el sonido de unas botas metálicas que resonaban muy lejos, pero a la vez muy cerca, poniendo en tela de juicio su ya muy cuestionada cordura. Aquel pedazo de cartón mal impreso era lo único de lo cual podía sostenerse para evitar descender hacía un abismo antiguamente visitado.

Se dijo que, por el momento, aquello era más que suficiente.

LOS LENTES DE ISAAC

Una semana después...

Frances nunca fue una niña feliz. Eso lo sabían todos los que se molestaban en conocerla, los cuales, para su fortuna, eran pocos. Por más que esta fingiera ser ajena a la melancolía, uno se daba cuenta, después de cierto tiempo, que había algo raro en esa niña pálida como un muerto que prefería aislarse, deshacerse a sí misma en capas, antes que mostrarse como realmente era.

De todas las personalidades que Frances se obligaba a interpretar, sus favoritas seguían siendo las que empleaba con los profesores privados que le enseñaban desde que sus ataques la obligaron a salirse de la escuela.

Tenía clases desde las siete hasta el mediodía. Su cabeza estaba llena de ecuaciones complejas, abrumadores análisis

literarios sobre ensayos imperialistas y, por supuesto, la gramática imposible del griego junto con la pronunciación romántica del latín. Disfrutaba de aparentar ser esa chica sumisa, educada y con la mente cultivada por el entorno intelectual al cual había sido expuesta desde temprano.

A veces sentía una fascinación morbosa cada vez que se acordaba de las distintas ideologías que tenían sus profesores, porque entonces ya sabía cómo acoplarse a ellos con facilidad.

Sí, por supuesto que estaba de acuerdo con la tesis que proponía John Locke. Claro que era monárquica. Y, sin duda, los intelectuales abolicionistas del siglo XIX eran todos unos santos, adelantados a su época. Por supuesto, era una ridiculez creer que los académicos de antaño no se habían aprovechado de una causa tan noble solo para estar a la moda, esos colonizadores simplemente fueron unos racistas idolatrados.

Y podría seguir diciendo un montón de mentiras como si no tuviera sangre en la cara.

De todas esas personas, el más simple y menos egocéntrico era su indulgente profesor de literatura. El profesor Isaac era un

inmigrante ateo, de piel morena, rizos que le caían como cascada en la frente y curiosos lentes cuadrados que enmarcan su rostro flacucho. Frances sabía muy poco de ese hombre, lo cual la tranquilizaba a medias, porque pasar tiempo con él era como un pequeño receso, pero también la mantenía alerta y con el cuerpo tenso.

En la biblioteca convertida en despacho donde Frances acostumbraba a tomar sus clases, las paredes estaban recubiertas por estanterías repletas de libros que ascendían hasta el techo. La chimenea permanecía encendida, aprovechando el descenso de la temperatura y para evitar que los libros se llenaran de humedad. En el centro de la habitación se encontraba una amplia mesa de patas curvas, semejantes a garras de grifo, dispuesta con varios asientos. Frances estaba sentada allí, rodeada de pilas de libros de estudio de sus anteriores clases y algunas hojas sueltas con apuntes.

La estancia olía a viejo, a serrín y a madera barnizada. Frances alternaba la mirada del ejemplar educativo al profesor Isaac, quien se paseaba por la habitación mientras explicaba conceptos gramaticales que no lograban

captar por completo su atención.

—En Roma, el interés por la gramática estaba profundamente ligado a lo jurídico, algo que no es casual si consideramos la importancia del derecho en su cultura. Ahora bien, se dice que la *Tekhné Grammatiké*—aquí se detuvo para escribir cuidadosamente las palabras griegas en la pizarra—, atribuida a Dionisio de Tracia alrededor del año 100 a. C., es la primera gramática escrita en términos modernos sobre una lengua europea.

Hizo una pausa y volteó para observar a Frances. Sus ojos estaban desenfocados, y el porte encorvado denotaba una desgana palpable mientras hojeaba el pesado libro de texto. El profesor Isaac entrecerró los ojos, ajustándose los lentes con un gesto medido.

—Frances —dijo con su voz calmada pero firme, suficiente para sacarla de su ensimismamiento.

La joven levantó la mirada con un ligero sobresalto, parpadeando como si apenas recordará dónde estaba.

—¿Podrías explicarme por qué crees que la gramática latina adoptó modelos griegos? —continuó Isaac, con una expresión que era a la vez de desafío y de paciencia infinita.

Frances titubeo y probó su suerte al responder. El profesor negó levemente con la cabeza cuando escuchó su respuesta.

—Demasiado ambiguo. —dijo mientras se quitaba las gafas de cristal delgado para masajear sus ojos —¿Serías tan amable de ir por tu diccionario de griego? Quiero mostrarte algo.

Frances asintió y se levantó de su asiento, sus tacones pisando con suavidad la alfombra a medida que se dirigía a un estante cercano. Las piernas le temblaban ¿Cómo es que se había permitido ser tan descuidada?

Arrastra la escalera hasta que está posicionada en línea recta al cuadrado más alto de la biblioteca. Tuvo miedo de caer a medida que subía los peldaños para llegar a alcanzar el diccionario. Aquel librito que no había tocado hace unos meses. El griego se le daba casi perfecto. ¿Qué pretendía el profesor Isaac? ¿Acaso buscaba humillarla?

No había sido su culpa, quiso decirle. No había dormido bien, las sombras se volvían más tangibles desde que su madre la abandonó hace siete días y el Haloperidol era un soldado sin manos peleando contra un ejército de bárbaros. Quiso decirle tantas cosas, a quien fuera, pero Frances sabía que no podía decir nada. Debía ceñirse al papel sumiso y manipulable que le fue asignado al

momento de nacer.

Llega hasta la cima y entonces visualiza el lomo curtido del libro que buscaba. Lo arranca con fuerza de su lugar, dejando un hueco profundo en el cuadrado abarrotado de conocimiento como quien desmiembra un cuerpo.

Entonces sus ojos no pueden desprenderse de ese vacío insondable que dejó la ausencia de la lengua. Los latidos se le ralentizan al igual que la lluvia se convierte en llovizna, se le congela la piel cuando ve que la oscuridad empieza a tomar forma. De esa negrura polvosa emergen hilos intrincados unos sobre otros, tejidos de algo espectral que ya no pertenece al mundo de los vivos. Huesos tangibles recubiertos por ónix y harapos que pasaron demasiado tiempo bajo tierra, o al menos el suficiente para que se pegaran gusanos a la tela una vez ya no hubo más carne para devorar.

La mano de Frances sufrió un espasmo y el libro cayó al suelo con estrépito, las hojas amarillentas se partieron cuando se estrellaron contra la madera, cerca de los límites donde finalizaban los dominios del alfombrado persa. El profesor Isaac frunció el

ceño, se colocó los lentes y avanzó hasta quedar debajo de su alumna mientras la llamaba sin que su voz ronca tenga ningún efecto en la mirada hipnotizada de Frances.

La cosa alarga los dedos moribundos hacia la cara blanca de la adolescente, como si quisiera acariciarla. Varios ojos se forman dentro su cráneo, amontonándose como renacuajos palpitantes que le ralentizan el pensamiento y la capacidad motora.

El vacío en el estante se expandió en su visión empañada por la dualidad borrosa. El vértigo la agarró del cuello antes de que ella pudiera siquiera aferrarse a la escalera. Los ojos de Frances se ponen en blanco perlado y sus manos se desprenden con cierta lentitud de la barandilla. Es entonces cuando cae, como Ícaro cayó del cielo al mar.

Isaac fue demasiado lento para apartarse.

El profesor perdió el equilibrio y su cabeza se estrelló contra el borde afilado del respaldo de la silla donde su alumna había estado sentada minutos antes. La alfombra se desacomodó cuando una de las patas del asiento cedió, haciendo que el resto de la estructura colapsara con un estrépito sordo.

El cuerpo de Frances se desplomó sobre él. La espalda de la chica golpeó el torso del

hombre con un crujido, seguido por un quebradero imperceptible de huesos. Los lentes salieron disparados del rostro de Isaac y, al caer, su propia mano los aplastó contra el suelo. Los vidrios se astillaron, teñidos de escarlata.

La cabeza de Frances sufrió el mismo destino que el diccionario de griego: se estrelló contra el suelo como el cascarón de un huevo resquebrajándose. Su cuerpo reaccionó al impacto en una espantosa sacudida, sus miembros agitándose en una danza violenta y sin control.

Convulsiona. Gimotea.

Se deshace.

Y la vida del profesor Isaac se ve comprometida por el borde afilado de la silla que se le clavó por un instante en el cráneo, como un cuchillo caliente que corta plástico. Por medio de una profunda abertura del tamaño de un pulgar, los conocimientos de Isaac se derraman. Pringando la madera, copulando con la suciedad invisible del suelo, adentrándose en los cimientos de la biblioteca.

Hasta que ya no queda nada. Solo un recipiente.

PELAJE MOTEADO

El pasado la hostiga tras su letargo estacional.

Las heridas de la mente mutan en un Nostradamus dentro de la jaula de sus costillas. El refugio de la amnesia se desmorona, y emerge la certeza: densa como la sonrisa de un académico.

Sabe que morirá abrazada por un profundo dolor, sin importar cuánto se esfuerce en creer lo contrario.

A Frances le gustaría decir que atesora recuerdos de su padre; así habría sido fácil fingir que es recordado como un hombre digno cuando las amigas de su madre las invitaron a desayunar tras el funeral.

Pero no. Hace mucho que su cabeza dejó de obedecer. Aun así,

una reminiscencia se destaca.

Palpita como un segundo corazón cada que abre el cofre donde lo almacena. La hace sentir desnuda, primitiva. Con pezuñas de bestia en lugar de brazos y piernas. Con carne blanda y comestible revestida de pelaje, en lugar de los fuertes músculos de sus semejantes.

La hierba era alta aquel día de primavera junto a los bosques colindantes que rodeaban Brooks Manor. El viento la mecía suavemente, acariciando la vasta extensión de tierra con su tacto invisible que provoca murmullos.

Un hombre barbudo de rostro curtido por los años fumaba su pipa con parsimonia, dejando escapar bocanadas de humo asfixiante que se desvanecían en el aire templado. Sus ojos, hundidos y astutos como serpiente, observaban sin prisa a la niña de nueve años que tenía frente a él. Ella sostenía con dificultad un rifle entre sus brazos raquíticos, sus dedos temblorosos apenas alcanzaban el gatillo.

Las mary janes de cuero se hundían en la tierra, las medias de encaje estaban manchadas de suciedad y algo raídas por lo mucho que la niña había caminado junto a su

padre. Ella no estaba acostumbrada a andar por el bosque, pero cuando él le pidió que lo acompañara no pudo negarse, aunque ni siquiera sabía a dónde irían.

Quizás debió preguntar.

Quizás debió despertar a su mamá para avisarle.

Un animal se retorcía a varios metros de distancia; era un pequeño cervatillo que había caído en una de las trampas para osos que su padre había instalado la noche anterior.

Las fauces de metal le desgarraban la piel de bebé, dejando al descubierto su interior palpitante y tierno. Agonizaba; se retorcía con violencia como Frances lo haría tan solo un año después.

Sufría.

Los balidos que emergen desde las entrañas expuestas del animal eran una canción de cuna cantada por la muerte.

—Tú podrías ayudarlo. Lo sabes, ¿verdad? —le dijo su padre entre toses, dejando escapar una nube gris que se evaporó lentamente en el aire que olía a flores y sangre.

El metal se sentía frío contra sus pequeñas manos de infante. El seguro no estaba echado; el señor Brooks se había asegurado

de eso antes de pasarle el arma a su única hija.

—No puedes dejarlo así —insistió él, con la voz áspera por los años y el tabaco—. Está sufriendo. Sufrir es peor que morir.

La niña tragó saliva, sintiendo cómo el peso del rifle le aplastaba los brazos.

—Yo… yo no sé cómo disparar —susurro Frances con voz entrecortada. Se sentía a un paso de caer por un risco cuyo suelo eran rocas filosas como dientes. Le temblaba el cuerpo entero.

El señor Brooks soltó un suspiro frustrado y le arrebató el arma con brusquedad. Antes de que la niña pudiera procesar el peso faltante, su padre le apuntó a la cara sin ablandarse.

Frances se tiró al suelo. Dos disparos resonaron a su costado, perforando la tierra y ahogando su grito agudo.

Levantó la mirada cristalizada cuando el estruendo de las balas se disipó como el rastro leve de unas pisadas. Sintió la humedad amarilla que le mojaba el vestido y descendía por sus piernas. Ni siquiera pestañeó cuando su padre, con el rostro inescrutable, bajó el rifle y volvió a llevárselo a los labios para soplar el humo que escapaba

de la boca de fuego.

—Así se dispara. Aprietas el gatillo y apuntas.
¿Entendiste? —preguntó el señor Brooks con voz calmada.

La niña consiguió asentir, a pesar de que su cuello se había vuelto dolorosamente rígido y los dientes le castañeteaban como si tuviera frío. El señor Brooks dejó entrever una pequeña sonrisa. Frances tampoco supo de dónde sacó la fuerza para volver a ponerse en pie con la mirada en alto.

—Tu turno —le dijo, volviendo a poner el rifle entre sus manos.

Aquel día, Frances arrancó las arterias conectadas a su corazón de un solo tajo, como quien quita la molesta costra de una depresión en la piel antes de tiempo, e hizo a un lado lo que pudo quedar de ese órgano inútil para poder apretar el gatillo.

Se oyeron cuatro truenos seguidos romper la armonía infundada de esa tarde. Las abejas dejaron de polinizar, los zorros se escabulleron asustados en sus madrigueras y las mariposas escaparon revoloteando del campo.

Los primeros dos disparos solo alcanzaron a producir más tortura en el cuerpo que momentos antes daba sus primeros pasos en

solitario. El bebé regurgitó su propia sangre, el pelaje moteado se estremeció; gritó por ayuda porque la garganta estaba magullada y no podía emitir sonido.

El tercero acabó con su vida. Se le rompió el cuello.

El cuarto fue para ella.

EL DOCTOR GORDON

Cuando vi por primera vez a Frances, ella tenía trece años y yo cuarenta y cinco. Su rostro era pulcro y etéreo como una Afrodita atormentada. Durante nuestra primera sesión me contó una terrible verdad de sí misma, en medio de un llanto famélico por consuelo.

—Habita un horror dentro de mí —me aseguró con desesperación, utilizando esa voz sedosa de ángel.

Yo no pude más que acogerla entre mis brazos. Con una estaca clavada en mi corazón mientras lo hacía, porque sabía que esa dulzura estaba a un paso de pudrirse.

Las niñas eran frutos que maduraban demasiado rápido.

No deje que ella ni su madre eludieran mis recomendaciones durante los cuatro años que llevo tratándola. Era simplemente imposible

que Frances rechazara mis cuidados.

Con el tiempo mejoró. Las aguas del río se volvieron mansas por el peso de nuevas piedras.

Al igual que sus arrebatos menguaron, lo hicieron también la vulnerabilidad y la ternura. Ahora Frances era una mujer, quisiera aceptarlo o no la señora Brooks.

Quizás fue por el cariño que le tuve durante su paso de la niñez a la adolescencia que permití a Frances engañarme como lo había hecho. Hice la vista gorda cuando presentí que algo iba mal con ella.

No fue una sorpresa cuando me llamaron a primera hora de la mañana desde Brooks Manor para que adelantara la sesión del mes a ese mismo día en la noche.

La contemplaba recostada en el diván, con la cabeza recién suturada y los ojos rojizos, como quien contempla un cuadro que ha visto, adorado y anhelado hasta el cansancio.

Un cuadro con el marco roto. Óleo con demasiado barniz encima.

El accidente del cual me informaron esas dos ancianas locas estaba, obviamente, endulzado con la labia de una abuela que pasa demasiado tiempo encerrada en su propia piel. Porque si fuera cierto, ¿cómo es

que ese hombre aún respiraba? El Dr. Cavendish —médico que atendió las dolencias de generaciones de los Brooks, más viejo que el hombre más viejo— y yo nos pusimos de acuerdo en que eran puras patrañas. Sin embargo, era razonable pensar que ver un poco de sangre resultara impactante para esas dos mujeres que nada sabían del mundo.

Le pregunté con todo el tacto que pude reunir cómo se encontraba.

—Estoy bien. El susto fue momentáneo, adormecido —responde ella en voz baja.

—Creo que estamos de acuerdo en que lo verdaderamente preocupante fue esa convulsión que experimentaste. ¿Viste algo antes de caer?

Frances se queda un momento en silencio. Su expresión podría ser ilegible para cualquiera, menos para mí. Estaba asustada.

—Vi una polilla muerta entre los estantes, seguro logró colarse desde el patio trasero por una ventana entreabierta. La confundí con algo que no era, y entonces entré en pánico — confesó.

—¿Con que la confundiste?

Esto era algo que habíamos hecho mil veces en el pasado. Casi podía escuchar las palabras

antes de que salieran de su boca.

—Un fantasma.

Silencio. La luz opaca de las lámparas de pie resalta los trazos suaves y curvos de su cuerpo.

—¿La ilusión fue corpórea?

—No. Solo fue un susto. Un recuerdo que vino a mí de imprevisto.

Le dediqué otra larga mirada antes de escribir algo en mi cuaderno.

—Isobel y Winifred me dijeron que no tomaste tu medicina el día anterior al accidente.

Frances traga saliva.

—Lo olvidé, perdóneme, doctor Gordon. Estos días fueron algo difíciles desde que me despedí de madre. Estoy tan cansada últimamente que solo puedo dormir, mi memoria se vio algo afectada.

—Procura ser más cuidadosa o, de lo contrario, me veré obligado a aumentar tu dosis, Frances —digo con voz severa, y luego agregó en un tono más compasivo—. Ya que ninguno de los dos quiere molestar a la señora Brooks con nimiedades mientras está de viaje, me abstendré de informarle sobre este desliz… con una condición.

—¿Qué condición? —pregunta en voz baja.

—Sonríe para mí —respondo con voz afable.

Pude ofrecerle esa indulgencia porque sabía que, en esencia, las mujeres eran seres débiles, propensas al melodrama.

Los labios de Frances se curvan hacia arriba como si estuviera experimentando la mayor de las dichas. Me dedicó una de sus brillantes sonrisas en señal de agradecimiento, y entonces no me queda otra cosa que resignarme. A ella y sus delirios. Al recuerdo de su belleza perdida, honrada en mi memoria de anciano como un epitafio.

NISHIKIGOI

22/09/1967

Querida Shura,

Te escribo desde el estanque de peces en el laberinto que hay detrás de este matusalén al cual llamo casa. Son cerca de las seis de la tarde. Sé que tan solo pensar en poner un pie en mi patio trasero te perturba el sueño, en especial desde que descubriste que no solo estaba latente la posibilidad de perderte entre los estirados arbustos, sino también el hecho de que muy cerca, a tan solo unos metros de distancia, descansan los restos fúnebres de mis antepasados.

Lamento ser yo la que te lo diga, pero, los muertos no se van a levantar de sus tumbas para perseguirte exclusivamente a ti. No seas tan narcisista.

Ahora que te hice sonreír (o enojar), te contaré lo que en realidad sucede.

Tuve un ligero accidente en la biblioteca, aquella que tanto detestas porque dices que tiene el aspecto de unas fauces mortíferas. (Acepta ya de una vez que aborreces la lectura).

Pues bien, hace dos días me caí desde lo alto de una escalera y aterricé de milagro en mi pobre profesor de literatura y lengua.

No lo he visto desde entonces, en parte porque estuve siendo acosada por el Dr. Gordon y también por cobardía. Isobel y Winifred dicen que pronto se pondrá bien; no le permitieron regresar a casa en ese estado. Al igual que no me permiten retomar mis clases hasta que sane.

El señor se está recuperando de una herida superficial en la cabeza, como yo. Descansa en una de las habitaciones de invitados del segundo piso, atendido de vez en cuando por el Médico Morfina (Dr. Cavendish, por si lo olvidaste). Mis fieles espías me informaron de que en su estómago descansan toneladas de caldo de pollo y remedios de abuela más que la insulsa medicina recetada. Bien por él.

Y yo… yo estoy algo triste de decir que ese

ridículo percance fue lo más emocionante que me pasó en meses.

¿Cuándo vendrás a verme?

No finjas sorpresa ante la pregunta. Incluso tu madre sabe que su querida Shura se escapa del internado los fines de semana hasta el pueblo cercano. Y si tiene suerte (y la tendrá), consigue que alguien la lleve hasta el atractivo turístico que ofrecen las residencias, bosques y lagos del pueblo.

Te aconsejo vestir un calzado apropiado, hubo muchas lluvias últimamente y el suelo está algo embarrado.

No te preocupes. Yo llevaré el bloqueador, por si hace buen clima cuando vengas a visitar a tu querida amiga que agoniza en el cautiverio.

Tuya, Frances.



Termina de escribir la carta, que quedará impregnada con la humedad de las algas y el consuelo que le ofrecen las escamas nacaradas de las carpas japonesas. Sentada, como estaba, en uno de los asientos de piedra que rodeaban el centro amorfo del laberinto,

no puede evitar recordar.

Las hojas desparramadas del diccionario de griego, el charco de sangre cubriendo sus cuerpos como una manta, el cristal roto de los lentes; una película que atravesaba su mente a toda prisa, repetida hasta el cansancio para demostrarse a sí misma que era capaz. Capaz de cubrirlo con una sábana delgada, como aquellas que se dejaban caer sobre los muebles de una mansión de campo al finalizar el verano. Lo mismo había hecho con el rifle... y con el tierno cadáver.

No era una medida del todo efectiva, apenas la débil gasa médica sobre una hemorragia de represa, pero le bastaba para encontrar la fuerza necesaria y levantarse de la cama cada mañana.

Frances se endereza y pasa la yema de sus dedos sobre los tres puntos de su cabeza con gesto ausente. Le habían tenido que rasurar una parte para coserle la piel abierta del cráneo, gracias a que tenía demasiado cabello, se encargaba de disimularlo con un elaborado tocado que le dejaba el cuello adolorido cada que lo deshacía para dormir. Su atención está dividida entre la danza acuática que acontece en el lago frente a ella

y los gritos de caldera hirviendo que soltó Winifred al descubrirlos en la biblioteca, una hora después del accidente. Mancillados y estáticos en el suelo, mitad alfombra, mitad madera, como si hubieran cometido el peor pecado.

Ella había recuperado la consciencia momentos antes de que la anciana abriera las dobles puertas de ébano, pero en cuanto sintió el frío cuerpo debajo del suyo—sin latido, vacío y pesado como un costal de harina—decidió que era mejor cerrar los ojos y no volver a abrirlos.

No le dijo a nadie que creyó muerto a su profesor cuando la interrogaron luego de que el Médico Morfina le cosiera el costado izquierdo de la cabeza. Estaba más preocupada por ver la forma de suavizar las cosas para su madre y su mejor amiga. El contenido destinado a ambas era igual en cuanto a mentiras.

No le dijo a su madre que la extrañaba, dudaba incluso de que abriera sus cartas dado que las únicas respuestas que obtuvo de ella fueron postales con inscripciones amorosas en el reverso a lo largo de los nueve días que transcurrieron lentos por su ausencia.

Y, sobre todo, no le dijo a Shura que la necesitaba.

Estuvo meditando acerca de esas cuestiones hasta que el sol derramó la mitad de su contenido sobre la tierra, el verdor del agua adquiere tonos de cian, rojo y plateado sobre el cual nadan los peces sumidos en su delirio infinito. Las farolas dispuestas a las afueras de Brooks Manor se encienden, iluminando la noche de luna llena con el cálido oro imitación de Helios.

Solo entonces Frances se levanta de su asiento, se alisa el pulcro vestido y empieza a recorrer a paso tranquilo la oscuridad del laberinto, que parece arrancado de un mundo subterráneo donde reinan polillas y las indefensas mariposas son las camas de plumas donde sus gobernantes yacen.

Con la intención de retrasar el tiempo, se pierde a propósito al comienzo de la noche, dejando atrás el estanque donde deseo vivir de niña.

OUIJA

Isobel y Winifred (¿hermanas?, ¿primas?… ¿mejores amigas?) habitaban en un pasillo solitario del primer piso de la casa, cerca de las cocinas, para que no sufrieran dolores de espalda al tratar de bajar las interminables escaleras de caracol rechinantes que conectaban a los pisos superiores.

Lo único que la heredera de los Brooks sabía con certeza sobre aquel par de siameses era que, en su juventud, habían sido actrices de segunda durante la Primera Guerra Mundial. Ahora vivían de los exiguos restos de su efímera época dorada, aferradas a un brillo que ya no les pertenecía.

A Frances no le fue difícil encontrar los dominios de ambas mujeres, a pesar de que muy pocas veces se paseaba por ahí y la mansión era lo bastante grande como para que hasta los habitantes de años se perdieran. Sus terrenos eran el laberinto, la biblioteca que ahora olía a muerto y la habitación

desnuda en la que dormía, y en la cual también habían fallecido algunas cuantas mujeres dando a luz décadas atrás. De vez en cuando, se adueñaba también del ala de los niños, un lugar cerrado, solitario, frívolo, en el que disfrutaba mezclarse para leer y sobre pensar.

Giró el pomo de la doble puerta que daba a la habitación más grande sin muchas ceremonias. Tuvo que agacharse rápidamente cuando una taza de té salió volando en su dirección y se estrelló en la pared a su costado ni bien su presencia fue revelada. Frunció el ceño a la vez que contemplaba a la pobre Winifred en medio de cajas sin abrir amontonadas en el salón, aterrorizada y con el brazo levantado de forma amenazante. Su intento de intimidación podría resultar efectivo en otras circunstancias, pero la mujer dependía, la mayor parte del tiempo, de una caminadora con rueditas de diferentes colores.

—¿Qué fue eso? —exclamó Frances sin poder contenerse. Dentro de la habitación que ambas exactrices compartían desde su contratación hacía seis años, se erguían pilas de recuerdos encapsulados en cartones que

ascendían hasta el techo. Los sillones disponibles eran viejos y estaban cargados de libros esotéricos, relegados ahí tras no encontrar cabida en las estanterías improvisadas cuya disposición se desdibuja en el caos acumulado. Los cojines despedían un olor a humedad verdosa que impregnaba el aire al igual que un perfume goloso y dulzón que dificulta la tarea de respirar.

Frances bajó la mirada por un instante; sus tacones bajos pisaban plumas de ganso dispersas y alguna que otra piedrecilla de origen incierto. En el fondo de la estancia, un dosel con lunares ocultaba el espacio donde las señoras descansaban. Era el único rincón de la habitación que no estaba abrumado por cajas o curiosidades. Aparte de la puerta que conducía al cuarto de baño. Frances lo sabía bien; en una ocasión, no tuvo más remedio que cruzarla.

(Ese día, se había encontrado con estantes bajos repletos de frascos llenos de agua almacenada, inciensos budistas y un raro ejemplar de la Biblia Satánica).

—Oh, eres tú, Frances. Una disculpita, te confundí con un onryō. —dijo la anciana de cabello canoso teñido de morado y voz

cantarina mientras bajaba el brazo, dejando escapar un suspiro de alivio.

Frances se llevó el antebrazo a la boca para toser cuando el asfixiante incienso llenó sus pulmones como si fuera gas mostaza.

—¿Un onryō? ¿Qué es un onryō? —consiguió preguntar entre toses, sin moverse un milímetro de la entrada, insegura de que un paso en falso pudiera romper alguno de los tan preciados cachivaches desperdigados por el suelo.

Winifred la ignoró y volteó la cabeza hacia atrás para gritarle a su contraparte:

—¡Isobel! ¡Isobel, puedes salir! ¡No es un ente demoníaco, es solo Frances que ha venido a visitarnos! —gritó, alargando las vocales con una teatralidad desbordada.

Un cuerpo de cintura ancha, revestido con seda rosada y coronada con una guinda aguamarina en forma de turbante de mago, emergió de entre una torre de cartas amarillentas sin abrir al fondo del interminable rectángulo, refunfuñando para sí mientras se guardaba un saquito de terciopelo morado en uno de los bolsillos de su bata.

—¿Por qué sigues de pie en la entrada,

terroncito de azúcar? Vamos, pasa, pasa —la instó Winifred con impaciencia.

Frances, medio absorta, apenas reaccionó hasta que sintió el fuerte agarre de la mujer en su brazo, tirando de ella con una fuerza abrumadora que contrastaba con su figura frágil.

Tuvo que hacer malabares con los pies para evitar pisar relojes de bolsillo, figuras de soldados y trofeos de segunda. Era como adentrarse en un bosque de zarzas espinosas, donde las hojas de los árboles que las rodeaban eran vestigios materiales con décadas de antigüedad, acumulados sin orden ni propósito.

No supo cómo, pero terminó sentada en el único rincón libre de un desvencijado sillón. Apretujada entre libros de pasta dura, se sentía como la mesita de café improvisada, sobre la cual descansaban cuencos con dulces petrificados de porcelana, planos aeronáuticos o cartesianos, y una tabla ouija cuyas letras, bien delineadas, parecían observarla con muda expectación de carnívoro. Frances se preguntó si la verdadera mesita era la de cristal, semioculta bajo un manto de objetos, o la tabla de roble barnizada que parecía reclamar protagonismo.

—Confundir a la pobre Frances con un

onryō, qué estupidez —dijo Isobel, mientras barajaba las cartas de tarot. Su voz chillona estaba cargada de desaprobación hacia Winifred, y el tintineo de las pulseras en su muñeca acompañaba cada movimiento como un eco irónico de su comentario.

Winifred rodó los ojos y apareció con una taza de té, que depositó con un movimiento torpe en las delgadas manos de Frances. Las rueditas de su caminadora sonaban como las de un carrito de supermercado, chirriando con cada paso. Frances bebió solo un sorbo del contenido, en silencio, mientras el calor del líquido se extendía por sus palmas, aunque no lograba alcanzar su expresión, rígida y distante.

—No te atrevas a juzgarme, Isobel. Sabes muy bien que mis nervios están algo alterados —replicó la de pelo morado con un tono cortante—. Además, tus estúpidas cartas nos dijeron que recibiríamos una visita inesperada. ¿Con qué se supone que lo relacionara, entonces? ¿Con el cartero?

Isobel soltó un bufido cargado de desdén. Frances, atrapada en medio de la discusión, pasaba los ojos de una mujer a la otra como si estuviera buscando un resquicio para

escapar, mientras su presencia se disolvía en el fondo de la habitación, mimetizada con el papel tapiz amarillo desvaído.

Con una mueca de resignación, decidió utilizar la tabla de la ouija como posavasos, ya que no había otro espacio libre para dejar la taza que descansaba con incomodidad entre sus manos. Se aclaró la garganta en un intento de atraer la atención hacia ella, pero las dos ancianas siguieron enfrascadas en su áspero intercambio de palabras, ignorándola por completo.

—Lo único irracional en esta habitación son esos zapatitos que llevas, Winnie. Aparte de tu evidente falta de sentido, claro está. Cualquier persona en sus cabales sabe que Frances es un camaleón —dijo Isobel, con un gesto altanero que acompañaba su mirada de lince delineada con kohl.

—¿Te atreves a criticar mi supuesta “falta de sentido" cuando, gracias a mi asombrosa intuición, logré conseguirnos esas entradas al teatro? —espetó. Isobel se encogió de hombros y desvió la mirada.

—Deseché los números que habías escogido para el sorteo y los reemplacé por los míos sin que te dieras cuenta, mi vida. Winifred

soltó un grito ahogado de indignación y estuvo a punto de replicar, pero Frances la interrumpió de inmediato, haciendo que las palabras de la anciana se estrellaran contra una barrera invisible en su garganta.

—¿Qué es un onryō? —volvió a preguntar—. ¿Por qué dices que soy un camaleón, Isobel? ¿Ustedes conocen al cartero? Una vez intenté saludarlo y salió corriendo.

Las ancianas se miraron entre ellas antes de responder a la vez.

—Un onryō es un espíritu vengativo…

—De todos modos, el cartero es un hombre muy ordinario…

Frances las observa con resignación, se sacude el polvo inexistente de la falda y se pone en pie con gracilidad.

—No importa, no estoy aquí para charlar. Vine a preguntarles si estaría bien que le llevará la cena al profesor Isaac, para ver cómo se encuentra y disculparme adecuadamente.

Isobel le dedicó una mirada compasiva.

—Por supuesto, queridita. Yo te acompaño —dijo Isobel, dándose la vuelta para dirigirse hacia la salida. Frances se apresuró a seguirla, pero, al instante, regresó sobre sus pasos para darle un fugaz beso en la frente a Winifred, como forma de despedida. La

anciana comenzó a lamentarse, murmurando que la estaban abandonando.

—Isobel dice puras tonterías, Frances. Está chiflada. Tú y yo sabemos que no eres un camaleón, sino una polilla —le dijo, guiñándole un ojo, y luego la soltó.

Frances le sonrió de forma forzada antes de comenzar a trotar, intentando alcanzar a Isobel.

VASIJA

Recorren el largo pasillo hasta llegar al fondo, donde se visualiza una pequeña puerta trasera para ingresar a las cocinas en donde no ha trabajado un tropel de personas, como debería ser dado la inmensidad del lugar, desde hace siete años. Mientras avanzaban a paso rápido, las dos mujeres se cuidaban de caminar por los lugares que alcanzaba a tocar el resplandor anaranjado de las antiguas lámparas de gas que no se habían fundido con el tiempo, sacadas a la fuerza de su descanso eterno una vez la electricidad comenzó a fallar en Brooks Manor.

Evitaban la oscuridad y las puertas cerradas del ala de empleados que no se abrían en años con un entendimiento silencioso de explorador sabiondo.

Isobel se detiene, con la mano extendida a mitad de camino en dirección al pomo de la puerta, y observa a Frances dudosa, tratando de recordar algo.

La agarra de los hombros con fuerza cuando la bruma de la amnesia se disipa.

—Oh, casi lo olvido. Edith ya no trabaja en la casa. Ahora hay una nueva cocinera, se llama Carmen —informó la anciana del

turbante—. C-A-R-M-E-N —deletreó con un deje de orgullo en su voz de caldera hirviendo.

A Frances le da un vuelco en el estómago, resiste el impulso de lanzarse a llorar. El señor Brooks había muerto poco después de su décimo cumpleaños, los tres años posteriores al entierro fueron un martirio de gritos infantiles a mitad de la noche, convulsiones a primera hora de la mañana, sonambulismo y visiones demasiado vividas que terminaron por espantar a casi todo el personal que atendió la mansión en la cúspide de su gloria. En cuanto comenzaron a circular los rumores sobre su locura fuera de las paredes de Brooks Manor, el prestigio que había conservado su padre con esmero frente a la sociedad inglesa se vino abajo, como si no hubiera sido nada más que un frágil castillo de naipes condenado a caer desde un principio.

Su madre había estado tan desconsolada…

Las pocas personas que aceptaron trabajar en la casa después de eso, eran, sencillamente, igual de inestables que ella.

El hogar ancestral se fue deteriorando con el tiempo debido a la falta de mantenimiento. Era una profunda humillación para Frances

cada que veía los rincones desolados de su casa. Las luces que titilaban, los focos fundidos, los rosales y arbustos desatendidos, los hierbajos del jardín delantero, las insulsas polillas que se colaban por las ventanas empañadas de suciedad para pudrirse dentro de una construcción magnífica que parecía desprovista de la mano de dios. Por eso procuraba mantenerse en los lugares limpios y menos deteriorados de Brooks Manor, de lo contrario, la culpa la carcomía igual que un ejército de hormigas devorando a un escarabajo muerto.

Un poco antes de cumplir los catorce, había cambiado su comportamiento errático por uno intachable que su madre atribuyó a los esfuerzos del Doctor Gordon. Había logrado mantener las apariencias, ocultando sus terrores nocturnos y extraños hábitos del ojo público.

Hace unos meses, cuando cumplió diecisiete, creyó por un instante que ese tipo de problemas nunca más volverían a acecharla. Que El Otro la dejaría en paz.

Qué equivocada había estado.

Ahora todo se había ido al carajo. Esperaba que el profesor Isaac quisiera mantener su secreto. Si no, hallaría la forma de

persuadirlo.

—¿Cuándo se fue Edith? —preguntó Frances con voz débil.

Isobel le dedicó otra mirada llena de lástima.

—No pienses en eso, cariñito. Olvídate de esa Edith, siempre fue una miedosa. En cambio, Carmen es un hueso duro de roer. ¡No renunciaría, aunque te pillara bailando desnuda, cubierta de sangre y cantando en arameo! —exclamó con entusiasmo—. Pero, de preferencia, evita ese tipo de espectáculos. —añadió en un susurro.

Frances no tuvo tiempo de indignarse, Isobel abrió la puertecita y ella tuvo que esbozar la mejor de sus sonrisas.

El olor nauseabundo de la carne de venado inundó sus sentidos, se le borró la sonrisa y estuvo a un paso de salir corriendo en dirección contraria. Una mujer de brazos fuertes, piel bronceada, cabello azabache y rostro adusto empleaba un tosco cuchillo mientras desmembraba la carne que seguramente se servirá en el almuerzo de mañana.

Las cocinas no eran precisamente hospitalarias, con varios hornos de hierro empotrados, fogones abandonados en un costado y hornillas más modernas que

intentaban en vano armonizar con el ambiente rústico. La pintura de la isla, los mesones y las repisas estaban descascaradas, tan ignoradas como la reluciente vajilla para fiestas que no se había usado en mucho tiempo.

Celine Brooks prefería asistir al jolgorio antes que organizarlo. Tal vez más por la imposibilidad de ocultar la presencia de Frances, que por el estado decadente de la mansión.

La cocinera levanta la vista y se fija en la heredera como si fuera menos que la carne que estaba cortando en grandes tajos. Ella traga saliva y recupera su sonrisa.

—Muy eficiente —dice e Isobel hace un sonido afirmativo. Carmen arquea una ceja, pero antes de que pueda decir algo, Frances se apresura a tomar la bandeja con el cuenco de sopa humeante que reposaba en la encimera junto a una gran olla de agua hirviendo. Se despide con prisa, arrastrando a Isobel tras de sí, justo cuando la anciana parecía dispuesta a iniciar una larga conversación.

Es mejor evitar la existencia de esa mujer, pensó Frances.

***

El profesor Isaac yacía postrado en un colchón de plumas dentro de una de las innumerables habitaciones vacías del segundo piso. Reposaba con las palmas vueltas hacia arriba, la nuca hundida en almohadas semejantes a nubes, cubierto por una sábana inmaculada y sin arrugas. Su rostro evocaba la expresión atormentada de una pintura renacentista, con los ojos abiertos, pero sin ver. No se inmutó cuando ambas ingresaron en la habitación donde había permanecido recluido en su convalecencia durante dos días completos. No respondió al tímido saludo de Frances ni a la alegre disposición de Isobel, quien se acercó con naturalidad para enderezarlo en la cama.

Frances se quedó en blanco cuando lo notó. Permaneció de pie cerca de la entrada, aferrando la bandeja de plata con renovada fuerza. El líquido especiado y el arroz temblaban como gelatina por la presión de sus manos.

La anciana seguía interactuando con el cadáver de Isaac como si siguiera vivo.

—Isobel —la llamó Frances, su voz resonó, imponiéndose sobre el hedor a enfermedad—. ¿Quién es este hombre? — preguntó,

intentando sonar impasible.

El aire de la habitación vibraba, pesado e incómodo, como si el oxígeno hubiera sido reemplazado de repente por telarañas que se adentraban por sus fosas nasales, sus oídos y su boca entreabierta, reptando lentamente hacia el interior de sus venas.

La intérprete la observó entre confundida y divertida, con sus cejas pintadas fruncidas apenas y sus ojos verdosos brillando con insolencia.

—Tontita, ¿que no ves? Es tu profesor. Ven, acércate para saludarlo —le dijo con alegría.

El hombre gimoteo, un sonido burdo y cóncavo que le torció la boca. Una gruesa línea de saliva emergió escapando de sus labios desencajados, como el incrédulo resultado de toda su forma de raciocinio. Isobel se encargó de limpiar la baba con ayuda de un paño que descansaba en la mesita de noche.

Frances percibe como unas manos diminutas de lagartija reptan por su garganta desde su estómago, el monstruo escapa mediante el graznido de parvada que surge de ella cuando comienza a colapsar.

—¡El hombre que conocí era capaz de hablar por sí mismo! Esto… esto no es él. ¡No

puede ser él! —gritó con la voz trémula, mientras el contenido de la sopa se derramaba en la bandeja a causa de su arrebato.

El rostro de Isobel se torna severo.

—Frances, no seas grosera…

—Me dijeron que estaba bien. Me dijeron que se estaba recuperando… —la interrumpió ella de forma débil y con la vista empañada.

Temblaba al igual que temblaban los árboles en medio de una ventisca. En el plato hondo de la bandeja casi no quedaba comida, algunos cubiertos se tambalean por el vaivén de su suelo plateado, caen por los bordes como si fueran los pasajeros de una embarcación que se estrella.

—No sé de lo que hablas, Frances. El hombre se encuentra perfectamente, y unas personas muy amables vendrán mañana para llevárselo. Hasta entonces, debemos cuidarlo y ser buenas anfitrionas —dijo Isobel como si hablara del clima—. Cuando se lo lleven, no quiero que montes una escena, ¿me has entendido? Sería muy incómodo para todos.

Frances cerró la boca con fuerza, el remordimiento y el desconcierto le empapaban el rostro.

—¿Me has entendido? —preguntó con el

mismo tono que se emplea al hablarle a un niño.

Su boca se sentía reseca, su cuerpo sufría algún que otro espasmo involuntario. ¿Cuál era la alternativa a esa situación espantosa? ¿Necesitaba enterarse de lo que sucedía en realidad? ¿Le tenía la suficiente estima a su profesor como para poner en riesgo su propia vida? ¿Podía Frances soportar que alguien más se enterara?

Carraspeó. Las líneas de expresión en su rostro cedieron a la quietud inexpresiva.

Asintió con la cabeza. Isobel sonrió complacida.

—Muy bien, Frances. Deja la bandeja en la cómoda, lo alimentaré yo. El profesor seguro debe estar muriendo de hambre. ¿No es así, profesor?

El hombre se quedó muy quieto, con la mirada fija en su alumna. Una mosca se posó en su ojo izquierdo. Isobel espanto al insecto con el hastío de quien había hecho la misma acción una y mil veces.

Frances hizo lo que le pidió.

Se retiró en silencio segundos después.

Cuando cerró la puerta de la habitación de invitados tras de sí, creyó que aquella vasija que Isobel atendía con esmero había susurrado su nombre entre gimoteos.

Era ridículo. Las vasijas no hablaban. Eran solo recipientes huecos, nada más.

Se rió de sí misma.

La burla continuó mientras caminaba, cada risotada alimentando su diversión.

El *clac-clac* de sus tacones resonó en los pasillos polvorientos, casi devorados por la oscuridad, acompañando su júbilo desbocado. Una sílfide atrapada en su propio éxtasis.

En algún momento, sus piernas cedieron. El cuerpo se dobló, vencido por el peso de las carcajadas.

Cayó al suelo con elegancia grotesca, sin poder contener el frenesí.

Y así permaneció, riéndose hasta que la noche envejeció.

NICHO

Los domingos eran como un señor estirado, de sombrero de copa, que tomaba el té en un día soleado, mientras los pobres de ojos hambrientos lo observaban a través de la vitrina del establecimiento al que no podían entrar, achicharrándose bajo el sol de mediodía a la vez que contemplaban aquel otro mundo de porcelana y encaje.

Henry Turk sentía que su corta vida había transcurrido en una interminable procesión de domingos, todos iguales entre sí. Solo se rompía aquella cadena de monotonía cuando Frances Brooks recordaba su existencia.

El chico de miembros alargados tenía quince años y su rostro parecía congelado en una expresión perpetua de desconcierto, con ojos saltones como los de un pez luna. Fue contratado por el señor de la casa a los ocho años para encargarse de rastrillar las hojas que caían sin contemplaciones de los árboles. Se había entregado a su soporífera labor con

el mismo empeño de un empresario afortunado manejando millones. Tanto fue su compromiso que Henry Turk terminó convirtiéndose en el único empleado testigo de los tiempos más prósperos de Brooks Manor.

El rastrillo se movía por el césped con suavidad, amontonando los esqueletos frágiles y apagados de las hojas otoñales que cayeron cerca del cementerio familiar. Frances estaba sentada en el soporte de una estatua de ángel juzgador que resguardaba las tumbas de generaciones de Brooks. La mirada de la chica, como tantas otras veces que la había observado desde lejos, no transmite nada.

—Henry… —lo llamó Frances.

El chico dejó de rastrillar y, con un movimiento pausado, apoyó las manos en el mango de su herramienta. La joven movía sus piernas con desgana mientras estaba sentada frente a los restos de sus antepasados.

Hace unas horas, el cielo era ceniza espesa y turbia mezclada con el color de la langosta azul, mientras las apariciones vestidas de blanco se llevaban a la vasija rota en una camilla de hospital. Isobel lloró cuando las puertas de la ambulancia se cerraron con

estrépito y vio cómo el vehículo iniciaba su noble recorrido con el amanecer y sus lágrimas como inquebrantables guardianes. Winifred no había querido despedirse del profesor Isaac.

Frances había observado todo desde la posición privilegiada de un gran ventanal en su habitación que daba a la parte frontal de la mansión.

Ahora contemplaba la muerte en compañía de Henry Turk. Estructuras de mármol blanco se alzaban con sobria elegancia, inscripciones desgastadas por el tiempo grabadas en la piedra. Un laberinto de losas y mausoleos rectangulares que parecían cuadrarse con la rigidez de la memoria. El panteón familiar, nacido en los albores del siglo XIX, se había expandido con los años hasta consumir buena parte del jardín trasero, como si la muerte reclamara su propio espacio entre los vivos. Codiciosa y abrupta.

—Dulce Henry, ¿por qué no puedo elegir dónde me enterrarán? —continuó Frances, aunque no esperaba respuesta.

El chico permaneció en silencio. Le habían arrancado la lengua en algún punto de su vida, y nadie sabía cuándo ni dónde. Pero

incluso si pudiera hablar, Henry Turk no era un hombre de letras o números. Apenas tenía la inteligencia suficiente para garantizar su propia supervivencia, deslizándose por la vida con la resignación de un lacayo.

—Papá me cedió el lugar de su esposa…— continuo Frances sin emoción— Madre será enterrada en otro sitio, nunca se quejó. No con él, al menos.

Una mariposa se posó en la mano de Frances. Ella dejó de hablar y la observó con curiosidad antes de cerrarle el paso con las uñas, atrapándola justo cuando intentaba alzar el vuelo.

—¿Te conté de la vez que quedé atrapada en mi propia tumba, Henry? No, ¿verdad?

El chico negó con la cabeza.

Las alas de la mariposa estaban cubiertas de ojos de cuarzo blanco, incrustados en la seda de su piel, teñida de carbón y naranja. Se retorcía entre los dedos de Frances, temblorosa. Ella sonrió, apenas un poco.

—No es una historia bonita. Fue después de que mamá se dejara convencer por el Doctor Gordon sobre la eficacia de la terapia electroconvulsiva. ¿No sabes qué es? Es cuando te atan a una camilla, te meten una toalla doblada en la boca para que no grites y luego te colocan una banda de cuero en la cabeza, conectada a dos cables que transportan electricidad.

» Tu columna se arquea, como si estuviera a punto de quebrarse, con la primera descarga. La segunda duele aún más, una mutilación similar a la que te hicieron a ti, Henry. Y la tercera... la tercera descarga arrastra algo aún más valioso. Te quedas sin órganos en el cuerpo. Al final, no sabes si estás vivo o muerto. Ni siquiera recuerdas la sensación de mover los dedos.

Frances le arranca una de las patas movedizas a la mariposa para enfatizar su punto. El chico del rastrillo escucha con la expresión más serena que puede mostrar su rostro inquietante.

—Acababa de cumplir catorce. No me sentía dueña de mi cuerpo. Regresé a casa luego de completar el tratamiento y solo podía desear acurrucarme junto a mi padre, a pesar de lo mucho que lo detesté en vida. Fue extraño. A medianoche el viento era horrible y me levantaba el camisón de dormir, caminé hasta el panteón familiar hasta que encontré el nicho que mi padre me dejó en su testamento. Había una reja de hierro que impedía el paso a mi tumba, así que forcejeé hasta que me sangraron las manos y entonces logré acostarme ahí, muy cerca de él.

Los rasgos delicados de la joven adquirieron una calma mortífera, el tipo de mirada asesina que el chico del rastrillo había visto años atrás en una serpiente mientras estrangulaba a una rata.

—Fue lo más cerca que estuve de padre sin que me hiciera tanto daño. Casi lo había olvidado… lo recordé cuando mamá me dejó aquí. Pasé toda la noche recostada junto al señor Brooks, como tantas otras veces. Poco después del amanecer, volví a mi cama y nunca se lo dije a nadie.

Frances giró el rostro hacia el chico y le sonrió.

—Pero ahora lo sabes tú, Henry. Y no se lo contarás a nadie, ¿verdad?

El chico negó suavemente con la cabeza.

Frances siguió jugando con la mariposa un rato más, hasta que se aburrió. Entonces, con un movimiento certero, clavó sus uñas afiladas en las alas. La monarca quedó paralítica. Cuando dejó de retorcerse, Frances Brooks se puso de pie y, con la misma indiferencia con la que había inmovilizado al insecto, depositó un suave beso en la mejilla albina del chico.

Henry se quedó estático. La vio marcharse como quien observa una avioneta perderse en el horizonte, flotando sobre un cielo

reluciente.

Lo que Frances Brooks nunca le contaría a Henry Turk era que, durante aquella noche en vela junto al cadáver de su padre, El Otro acudió a su llamado, atraído por sus plegarias y rezos desesperados. Se presentó como una bestia grotesca y la reclamó, de un modo diferente al que lo había hecho en su tierna infancia.

Tampoco le diría a nadie que, cuando finalmente abandonó el mausoleo, regresó a su cama con la piel marcada y la ropa empapada en sangre. No solo en sus manos magulladas.

Su secreto había sido conocido por un solo hombre. Pero ese hombre llevaba tiempo muerto. Y cuando llegara su hora, Frances sería enterrada junto a él.

HOGAZA DE PAN

El invernadero semioculto le daba la espalda al codicioso mausoleo de Brooks Manor. Sus paredes de cristal, de apenas cuatro metros de altura y diez de largo, resguardaban en su interior un mundo de exóticas y delicadas flores orientales, dispuestas en fila india sobre mesas de cultivo, como si aguardaran la mirada de una dama recatada que supiera apreciarlas. Aunque el hierro forjado que enmarcaba la delicada transparencia de aquella casa de orquídeas evidenciaba su antigüedad victoriana, nunca antes había lucido mejor.

Celine Brooks había volcado en su restauración todos sus esfuerzos, como si, al fin, la muerte de su esposo le hubiera concedido ese pequeño triunfo.

Se cumplieron tres días desde que la vasija abandonó las estancias de Brooks Manor. Seis días después del accidente en la biblioteca.

Frances era más bruma que persona, con los ojos hinchados y el cabello negro despeinado cayéndole en una cascada de ondas sobre la

espalda. Actuaba como un mudo espectador mientras la anciana del turbante de mago reverenciaba a sus preciadas Orchidaceae. De madrugada, vestía un camisón blanco que alguna vez había robado de los viejos baúles amontonados en el ala desmantelada de los niños.

Su rostro, demacrado, se parecía a las grietas que empezaban a aparecer en las estrellas más viejas de Hollywood.

Isobel tarareaba una canción de cuna mientras reconfortaba con agua a sus amigas de pétalos y tallos. Su canto de alondra descompuesta se entremezclaba con el tintineo de la pulsera, una colección de dijes de todos los lugares en los que la mujer había puesto un pie. El clima era demasiado frío para que Winifred, quien se quejaba de dolencias en los huesos cada vez que la temperatura descendía unos grados, saliera a acompañarlas. La exactriz de cabello morado había optado por la cálida compañía de un horno, entreteniéndose en hornear algún tipo de masita mientras intentaba sacarle cháchara a la desconfiada cocinera.

Las cutículas de los dedos de Frances fueron desprovistas de una ínfima capa de piel; la

sangre se entremezclaba con las uñas que había mordido y pinchado hasta el cansancio por el estrés. El algodón blanquecino que llevaba encima no solo cubría su desnudez, sino también las manchas violáceas y verdosas que le habían aparecido en el cuerpo cuando su sonambulismo la embistió con fuerza la noche en la que conversó con el chico del rastrillo. Estaba comenzando a considerar la posibilidad de atarse a la cama.

Quería creer que los males de su cuerpo eran solo dolencias físicas y no algo que trascendiera toda forma de raciocinio.

—Isobel… —susurró Frances con la mirada perdida. Al principio, creyó que la anciana no la había escuchado. Ella misma era incapaz de determinar si su voz tenía forma o sentido en aquel espacio que la oprimía, como un contorsionista encerrado en una caja demasiado pequeña.

—¿Sí? —preguntó Isobel con distracción, mientras enderezaba unas gotas color bermellón que crecían como setas de un tallo milagroso.

—Creo que él ya viene —murmuró en un tono más bajo. Y cuando las palabras escaparon de su boca, lo hicieron en forma de aliento gélido, como el suspiro de un dragón que se congela con su propio fuego. No se dio

cuenta del alivio y el asco que le produjo reconocer su propio terror hasta que una lágrima le resbaló por la mejilla.

—¿Quién viene, querida? —inquirió Isobel sin mucha emoción, enfrascada en su tarea de evitar la muerte de aquellas delicadas manifestaciones de la tierra.

Frances no respondió.

Al cabo de cinco minutos, Isobel olvidó que alguna vez hablaron.



En la cocina, Winifred se disponía a sacar un pan del horno refulgente de brasas volcánicas que le aliviaban los achaques. Había reemplazado su caminadora por un bastón de forma momentánea. A su lado, Carmen, sentada en un tocón, pelaba papas con el ánimo de un pirata en barco desconocido.

El guante y la firmeza con la que Winifred sostuvo la charola resultaron, de pronto, insuficientes. La masa, partida por la mitad como un cadáver de virgen sometido a una autopsia cruel, parecía exhalar su último aliento en forma de vapor. Un pequeño grito

consternado escapó de los labios de la artista envejecida antes de que sus manos temblorosas cedieran, permitiendo que el pan caliente se precipitara al suelo con un golpe sordo, reuniéndose con el polvo y las cáscaras secas del embaldosado.

—¿Qué sucedió? —pregunta Carmen, alerta, alzando el cuchillo de filo empobrecido con el que cortaba las papas. Sus ojos recorren la habitación con la agilidad de un halcón, pero al ver que no hay atacante alguno, su cuerpo se relaja, aunque sus nudillos siguen blancos sobre el mango de madera.

Winifred se queja como un animal moribundo antes de responder.

—¿Que no te das cuenta, Carmen? ¡Mira la forma en que se ha partido el pan! —Su voz se quiebra, y con mano temblorosa señala los dos pedazos inertes sobre el suelo ennegrecido por el hollín—. ¡Roto a la mitad, a pesar de todo mi esmero, de todo mi cuidado! —Sus ojos se agrandan con un pavor casi infantil—. ¡Un presagio, Carmen! ¡De muerte, de infierno y de tortura! ¡Eso es lo que es!

Carmen se encoge de hombros mientras

vuelve a su tarea de pelar papas.

—¿De veras le sorprende, señora? —Carmen ladeó la cabeza con hastío, observando los restos de pan como si fueran un mal chiste—. Apenas respiré el aire de esta casa supe que estaba maldita. Si hasta usted misma me dijo que la madre de esa niña mimada escapó de aquí en cuanto pudo.

Suspiró, resignada, y con un encogimiento de hombros añadió:

—Pero, ¿qué puede hacer una? Trabajo es trabajo, ¿no?

Winifred eligió no escucharla. De los pliegues de su bata sacó un incienso que encendió con la llama titilante de la hornilla. Mientras la cocinera murmuraba su descontento, la de cabello morado comenzó a santificar con humo cada rincón de la estancia, impregnando el aire con un aroma denso y especiado, ahogando el hedor a cebolla, carbón y sangre fresca. Murmuraba oraciones en hebreo, encomendándose a santos cuyo nombre se pronunciaba en sílabas dulces, esperando que alguno se apiadara de las pobres almas que habitaban en Brooks Manor.

SEMPITERNO

No conoce mi hambre,
la habita. Mi dolor es
su alimento, resquicio
infinito.

Vacía, estéril, impoluta,
es la piel de papel.

Come de mí, come de mí…
Oquedad insaciable, siempre conmigo.

Me llama, palpando los recovecos sensoriales,
aun cuando mi vida
chorrea de sus labios,
y mi aflicción
se pierde entre sus dientes.

EL HUÉSPED

El mundo silencioso adopta otro tipo de mudez encapsulada a medianoche. La lluvia golpea fuerte limpiando las ventanas sucias con su furia que hará crecer los lechos de musgo plaguicida en los campos, el cielo parpadea como la mirada zafiro brillante de un recién nacido y Brooks Manor gimotea impaciente. Doblegada ante el grito descompuesto en afasia, alimentada con el terror nocturno de la chica en cuya mente Morfeo manifiesta sus más sádicos sentimientos.

Frances permanece con los ojos muy abiertos apuntando al cielo de concreto de su habitación. Los miembros rígidos como presas del embalsamiento y el rostro muerto color marfil. La boca entreabierta, sin emitir sonido alguno que no sea su propia respiración entrecortada como una traición que se manifiesta por partes en su cuerpo paralizado.

Duerme de cabeza al igual que el ahorcado. La sombra le acariciaba los tobillos. Antes de tenerlo encima de ella, ya había advertido su

presencia, memorizada a consciencia a pesar de que deseaba olvidarlo. Se anunciaba con el sonido metálico de fuertes pisadas, el entrechocar del acero contra acero y carne, o los rugidos de animales que soltaban las personas en plena batalla.

El Otro exhalaba un hedor metálico, a la vez vivo y muerto. Un perfume moribundo que jamás la abandonaba, impregnando la casa, anclándose en sus muros y atrayendo a los fantasmas que la atormentaban.

Lo odiaba.

Y solo era su sombra.

Recordó la sensación de sus dientes pinchando su corazón. Frances lo había desterrado. ¿Por qué volvía justo ahora?

El otro desliza el dedo anular por su cuerpo deteniéndose en el centro de su pecho.
Presiona hasta que le roba el aliento.

Desapareció en el instante en que unos golpes feroces en la puerta principal retumban a través de las venas de la residencia.

La joven sale de su estupor con violencia. Se endereza de un tirón y se palpa el rostro con las manos, el sudor frío cubrió su piel translúcida con una capa húmeda. La caja torácica se anchea y contrae como si estuviera recién liberada de las ataduras de

un corsé.

La insistencia de los golpes es tanta que siente como se le escapa el sonido de los oídos y le arde detrás de los ojos.

Entonces escucha el zumbido.

—¡Frances, soy yo! ¡Abre la maldita puerta de una vez o moriré de aburrimiento! —gritó Shura desde el primer piso, asegurándose de despertarlos a todos.

Ella sonríe en medio de su terror.

Se apresura en llegar hasta la entrada principal, corriendo por los pasillos con una vitalidad de pronto renovada. Su cura tenía nombre y apellido.

Shura Inglaporth había venido.



Carmen, en vela a altas horas de la noche debido a los malos sueños que comenzaban a acosarla, abrió la puerta con el ánimo de una quimera soñolienta. De pie, bajo el escaso refugio que ofrecía el porche, se hallaban tres adolescentes uniformados, de porte pudiente y rozando lo arrogante, empapados pero efusivos. La cocinera vio de reojo cómo una furgoneta enana, pintada con flores psicodélicas de vibrantes colores, se alejaba

holgazana por el pavimento, rompiendo la pesada cortina de tormenta a medida que avanzaba.

Justo cuando estaba a punto de despachar a ese grupo desvergonzado a base de gritos, Frances Brooks, salida de la nada, la empuja a un lado para lanzarse a los brazos de una chica de pelo bronce. Dan vueltas alegres en medio de su abrazo prolongado.

Se saludan con la alegría de dos soldados que se encuentran con vida luego de sobrevivir a un campo minado.

Ofendida, Carmen se aleja embravecida; siendo lo último que logra visualizar la mirada indescifrable de Frances al percatarse de que hay más de un visitante.

SOLSTICIO

Septiembre 29, 1967.

No puedo creer que Shura me haya hecho esto. ¿Invadir mi privacidad invitando a completos extraños para asediar la Residencia?

Esos rostros ajenos cargados de soberbia se adentran a mi hogar en ruinas como si disfrutaran de ver mis órganos expuestos.

Pasean la mirada por cada mueble como si pudieran quebrarlo con tan solo tocarlo.

No es lo ideal. Lo detesto.

Durmieron todos juntos en la misma habitación, comparten el sueño como comparten el cariño. Me percato de esas miradas que se dedican entre ellos, codificadas en su idioma secreto.

Luego de abrazarme, Shura puso excusas para mantenerme alejada. ¿Qué le está pasando?

Aquellos veranos que pasamos juntas en la casa de campo de los Inglaporth durmieron

todas las pesadillas, llenándome de calor cuando estuve a punto de morir congelada. Albaricoques, pasteles de nata blanca y corales sumergidos en aguas celestiales se acurrucan en un lugar protegido de mi memoria. Como recuerdos frágiles a los cuales solo doy un breve vistazo cuando me siento al borde de un abismo, porque pensar en la posibilidad de desgastarlos me produce pavor.

Y ahora, toda esa frialdad que demuestra conmigo, eclipsa cualquier rayo de luz que haya introducido en mi vida.

No conozco el significado de su sonrisa. Tampoco sé la razón de su risa.

Pienso en ello durante el resto de la noche. ~~El Ot r o~~ se ríe de mí en silencio.



Avery, Bram y Shura eran una triada formidable, aliados contra sus insufribles profesores que tenían de amante a las normas de la prestigiosa institución donde estudiaban, de la cual era fácil escaparse durante el fin de semana si sabías cuándo, dónde y con quién moverte.

Llegaron al finalizar el día veintiocho y se despertaron muy temprano la mañana del veintinueve. Lo primero que hicieron fue poner el estrecho mundo de Frances patas arriba.

El desayuno fue una avena pastosa servida por una malhumorada Carmen que dejó a los huéspedes hastiados y hambrientos. Frances esperaba, durante todo el rato que estuvo jugueteando con la comida mientras los tres amigos hablaban entre ellos, ser auxiliada por Winifred o Isobel. Pero ninguna de las dos ancianitas hizo acto de presencia, desapareciendo en la casa como las cucarachas y las ratas que anidaban en los lugares ocultos de Brooks Manor.

—Tengo tanta hambre, pero no la suficiente como para comer… esto — dijo Avery, una pelirroja de botones verdes como ojos, en un tono despreocupado y galante que Frances no podría imitar a la perfección, aunque quisiera. De esa forma desdeñosa pero discreta hablaba su madre.

Bram, un chico cincelado y esculpido cual Alejandro Magno en pleno siglo XX, soltó una risita. Volteo a mirar a la joven de pelo oscuro y ojos brillantes con una sonrisa de embaucador, abrió la boca, pero la volvió a cerrar al instante. Había olvidado el nombre de su supuesta anfitriona.

Frances arquea una ceja, Bram toma un sorbo del té que trajeron y comparte una

mirada con Avery.

—Frances —dice Shura llamando su atención y remarcando su nombre a propósito —, creo recordar que en el laberinto crece un manzano, ¿por qué no nos lleva hasta ahí y de paso nos das un recorrido?

—Creí que te daba miedo mi patio trasero —dice Frances sin pensar.

Shura la fulmina con la mirada, la pelirroja suelta una carcajada. Bram ríe en voz baja.

—Oh, ¿es eso cierto, Shura? Dime, Frances, ¿a que más le tiene miedo? —pregunta el chico con voz melosa.

Shura empuja a Bram de forma juguetona para callarlo.

—No le hagan caso a Frances, le gusta mentir tanto como respirar. —dice la de pelo dorado.

La chica se queda mirando a su amiga un largo rato para finalmente reír de forma forzada.

El sol alumbraba fuerte a las ocho, algo inusual dado que estaban en septiembre. La triada maquinaba entre susurros mientras seguían a su líder muda, quien los guiaba a través de los pasillos de hojas del laberinto, que medían casi seis metros de alto y poseían una anchura tal que los hace impenetrables. Antes de adentrarse, los chicos apenas le habían dado una segunda mirada al mausoleo

familiar, o al rastrillo de Henry Turk apoyado en una estatua. El chico no había salido de su cobertizo, cosa rara ya que normalmente era el primero en levantarse por la mañana.

Frances no le dio demasiada importancia, estaba ocupada en tranquilizar a su mente exaltada y hostil por la nueva procesión de personas.

Detrás de ella estaba Bram, cuya mirada la escrutaba de forma nada discreta, luego seguía una cautelosa Shura y a lo último estaba una parlanchina Avery, quien se quejaba abiertamente de una tal Heather y lo chupamedias que era con los profesores.

—Es que de verdad no lo entiendo, como puede ser una completa perra amargada y hacerles acuerdo a los profes de la tarea. ¿Acaso no le entra en el cerebro que la vida social de los demás va más allá que chupársela al viejo de física?

Shura ríe, Bram suelta una risa seca. Frances continúa caminando. El manzano al cual se dirigen se encontraba al fondo, muy cerca de la salida que daba a un sotobosque. Ella se sabía el camino de memoria.

—Quizás le excita resolver cálculos matemáticos — aventura Shura con una

sonrisa plasmada en su piel bronceada, un tono más oscuro que el color de su cabello.

—¿Y tú Frances, que tipo de persona eres? —pregunta Bram rompiendo su silencio —. No te ofendas, pero, tienes cara de ser una Heather. Impecable, testaruda. Aunque, tal vez, un poco más agradable a la vista.

Frances se siente incómoda, está a punto de responder, pero es interrumpida por Avery.

—¿De verdad lo crees, Bram? Quizás deberías sacar cita con el oculista —comenta la pelirroja de forma mordaz.

Shura le lanza una advertencia con la mirada a Avery, Bram se aguanta la risa. Frances sigue sin emitir sonido. Continúan avanzando, esta vez acompañados por un silencio agobiante que se rompe de vez en cuando con los cuestionamientos forzados que le lanza la de pelo dorado a la líder inescrutable.

¿El clima está muy caluroso, no lo crees Frances? ¿Eso es un estanque? ¿Crees que lloverá en la tarde? Preguntas aburridas que eran contestadas con monosílabos de su parte.

Ella piensa que quería más a su amiga antes de conocer a la nueva persona en la que se

había convertido. Sin duda, Avery tenía algo en su contra. Y Bram era un completo idiota con las hormonas alteradas que no le quitaba la vista de encima, como un simio.

—Estamos por llegar —anunció Frances, la frase más larga que había dicho sin ser interrumpida desde que se levantó.

Dan la vuelta a la izquierda y entonces están frente a un árbol estirado pero pequeño, de pocas hojas, con manzanas desteñidas en un amarillo nada apetecible. Frances frunce el ceño. La chica podría jurar que la temporada anterior se habían cosechado manzanas rojas como la sangre.

Bram cogió con facilidad una de las manzanas, le dio una mordida, tragó y enseguida su rostro se contrajo. Intentó escupir los restos de la fruta, pero la mayor parte ahora estaba deslizándose por su esófago.

—¡Puag! Está ácido.

Frances miró con disgusto el lugar en donde el chico había escupido. ¿Cómo osaba faltarle el respeto al laberinto?

Avery se burla durante un rato de su amigo, mientras Shura tiende en el pasto un mantel de picnic que se sacó del bolso junto con dos botellas de whisky.

—¿Eso es…? —le pregunta Frances con el ceño fruncido. La de piel bronceada sonríe a modo de disculpa.

—Lo saque del boudoir de tu madre, tranquila. No se dará cuenta. —aseguró Shura mientras le guiñaba un ojo y se disponía a abrir la botella.

El resto del grupo pareció recuperarse de la decepción en cuanto visualizaron a su confidente con las dos botellas en mano y esos ojos brillantes de diversión que hipnotizaban a cualquiera.

El alcohol fluye de mano en mano, Frances bebe poco. Avery se acaba una de las botellas ella sola, Bram y Shura comparten la suya. El sol les da de lleno en la cara, porque al igual que su fruto, la sombra que ofrece el manzano es insuficiente.

El chico se inclina hacia Shura para susurrarle algo que la hace reír; ambos están acostados muy juntos en la esquina derecha del manto blanquecino. Avery los observa con el ceño fruncido y luego gira su rostro pecoso en dirección a Frances antes de darle el último trago a la botella de diamantes. Se suponía que debían compartirla; la de cabello oscuro se alegra de no haberlo hecho al notar la mirada turbada, cargada de fastidio, y los movimientos aletargados de la pelirroja. Intenta sobreponerse al hecho de que las han

dejado a ambas, incompatibles y temperamentales, abandonadas a su suerte.

—¿Por qué eres tan callada? —le espetó de pronto la chica a Frances, gotas de saliva llegan hasta la cara de la anfitriona y ella tiene que contenerse para no darle una bofetada a Avery.

Parpadea y sonríe con falsa modestia.

—No soy callada, en lo absoluto. Simplemente guardaba silencio para ver si tenías algo interesante que decir… por lo visto no es así. —La adolescente levanta las cejas rojizas al escucharla hablar, mostrando una expresión de incredulidad y desagrado.

Bram y Shura continuan sumergidos en su propio mundo de susurros y risitas, ignorando el conflicto que amenazaba con estallar entre ambas.

A Frances no le importaba lo que pensara Avery de ella, solo quería que la chica y su grupito se fueran de la casa, incluso si eso significaba ganarse la antipatía de Shura.

Era curiosa la forma que adopta el verdadero aprecio que sentía por su mejor amiga una vez esta se encontraba cerca.

¿Podía uno desear que sus seres queridos estuvieran a millas de distancia cuando se agobiaban de ellos?

¿Podía uno siquiera tener el derecho de sentirse hastiado de las personas que se supone deberían ser emocionalmente

importantes? Ahora, Frances comparaba a Shura con las cosas bonitas que su madre pedía de las revistas y luego botaba cuando se le pasaba la emoción. Aquel pensamiento le inquietaba más de lo que deseaba admitir.

—Claro, por supuesto, porque eres superior a mí — responde Avery con sarcasmo, luego se inclinó para susurrarle a Frances—. ¿Te digo una cosa? No eres más que una zorra engreída que se cree demasiado para lo que es. Mira a tu alrededor, tu casa está en ruinas, tu dignidad por los suelos. Ni siquiera tu madre quiere estar cerca de ti, siempre le diste asco y pena. Solo que, en esta ocasión, le diste más asco que pena, y por eso te abandonó aquí. —La pelirroja ríe al ver el rostro sombrío de Frances—. Sí, lo sé, Shura y yo leíamos las cartas que enviabas.

La de pelo oscuro se clava las uñas en las palmas hasta que siente el escozor posterior a la sangre. Avery fingió una cara de pena antes de seguir hablando.

—Admito que fue una decepción conocerte, ¿sabes? la gente espera que al menos alguien tan miserable como tú tenga algo destacable, aunque sea algo por lo que valga la pena burlarse. Pero, no. Eres muy complicada.

Indescifrablemente aburrida, justo como quieres ser. —Avery habla con sinceridad mientras se pone de pie tambaleándose.

—¿A dónde vas? —le gritó Shura a Avery una vez logró sacarse las manos de Bram de encima.

La pelirroja le sacó el dedo de en medio a su amiga antes de perderse entre los setos del laberinto. La pareja se ríe, ajena a la tensión y a la furia que alberga el corazón de Frances, quien fija sus ojos apagados en el lugar que antes ocupaba aquella presencia insolente.

—Yo la acompaño —se apresura a decir Frances—. Quizás solo quiere ir al baño, se perderá si anda sola por ahí —añade, elevando las comisuras de sus labios. No sabe de dónde surge la necesidad de pronunciar esas palabras. Piensa que fue motivada por una pretensión, aunque no le interesa discernir la naturaleza de la misma.

La dejan ir sin oponer mucha resistencia. Frances avanza tras las pisadas erráticas de Avery, con la mente en blanco, sumida en un silencio de opereta interrumpido por la tos de Bram que se escucha amortiguada. Cada paso que da, incentivado por una sensación latente, la aleja un poco más de la

racionalidad.

PIRANESI

Los setos del laberinto no eran de hojas, sino de concreto, tan sólidos y fríos como el narcisismo irrompible que emanaba de las estatuas de reyes y dictadores. Frances siente que ha pasado toda su vida rodeada de ellos, atrapada en sus formas implacables y su silencio pesado.

Las huellas que había dejado Avery tras de sí se habían borrado en el transcurso de los minutos, como si no fueran más que motas de polvo siendo arrastradas por el viento. El sol castigaba con más fuerza el rostro de Frances —si es que eso era posible—, mientras su nuca y espalda se empapaban de sudor. Las piernas le temblaban, aunque apenas llevaba quince minutos recorriendo los pasadizos idénticos que se alzaban a su alrededor, opresivos cual tumba.

¿Realmente se había perdido? ¿O eran solo secuelas del alcohol que había consumido?

Exhalando con pesadez, Frances se despojó

de los tacones con una patada y se dejó caer sobre sus talones. Pasó ambas manos por su frente, echando hacia atrás el cabello húmedo y apartando las gruesas gotas de sudor. Su lengua, áspera y seca, le recordó a un piloto estrellado en pleno desierto del Sahara.

Un pitido familiar y punzante amenaza con hacerle papilla el cerebro. Frunce el ceño y se aferra la cabeza con ambas manos, intentando contener la presión que se acumula dentro de su cráneo. No hay ni un solo rincón de sombra fresca donde resguardarse; el sol, despiadado, calcina su piel.

Cierra los ojos.

Siente unas inmensas ganas de llorar, de golpearse la cabeza contra una roca o enterrarse bajo tierra.

La inclemencia disminuye poco a poco, en especial cuando percibe en el aire ese inconfundible olor a algas y escamas de pescado flotando con indiferencia. Frances se pone de pie con dificultad; el suelo arde bajo sus plantas expuestas, pero la sola idea de volver a calzarse los tacones le resulta tan insoportable como la de encenderse y descomponerse como un mechero.

Camina de puntillas, procurando apoyarse en las delgadas líneas de oscuridad hirviendo

que proyectan los setos. Sus pies, enrojecidos y marcados por el roce del calzado, laten con una punzada sorda.

Trata de que su mapa sea la memoria, pero esta, de forma misteriosa, se niega a cooperar.

Gracias a su olfato, logra llegar al estanque en media hora. Para entonces, los brazos y el empeine le escuecen, y su visión se reduce a destellos de luz, circulares y cegadores.

Frances cae al suelo, casi sin poder ver o sentir, y gatea hasta enterrar su rostro en el agua turbia donde habitan las carpas japonesas. Los peces se dispersan al sentir la invasión.

El agua, resguardada bajo un techo curvo como un paréntesis recostado, es hielo abrazando una ampolla.

El líquido le entra por la nariz y, obligada, se endereza, tosiendo con estrépito mientras expulsa el agua turbia por la boca. Un poco de sangre se escapa de sus fosas nasales y mancha el dorso de su mano, así como la tela de su vestido amarillo, en donde se limpia.

Una vez recompuesta y bajo el refugio que ofrece el tejado, el pitido en su cabeza disminuye con la misma lentitud con la que un otorrino retira un tapón del oído.

Es entonces cuando se percata de los gritos, abandonados en el aire como música de fondo en una serie de comedia.

Shura grita, un sonido agudo y agobiante que rasga su corazón. Frances corre en esa

dirección sin pensarlo dos veces.

Atraviesa de un borrón el mundo sumido en verde y fuego, alcanzando su punto de partida en menos de cinco minutos. Sus piernas amenazaban con ceder en cuanto llega al costado de su amiga.

Bajo la escasa negrura que ofrece el manzano, el cabello rubio de la chica resplandece como trigo por los rayos de luz pulverizantes que logran traspasar la defensa de las ramas raquíticas. Su rostro está contraído y arrugado cual papel estrujado, las lágrimas le caen en torrentes por las mejillas mientras acuna la cabeza de Bram contra su pecho. Sostiene su cuerpo inerte con desesperación, como si temiera que pudiera escapar de repente.

Frances se arrodilla junto a Shura, quien no deja de sollozar, con la parte superior de la blusa empapada en vómito. Bram yace con los ojos abiertos, una expresión que le recuerda a Henry Turk. De la boca entreabierta del chico resbala un líquido amorfo mezclado con sangre.

El mantel blanco, antes pulcro, está desacomodado y manchado, testigo silente de la desgracia que ha caído sobre ambos

amantes.

La adolescente posa una de sus manos en el hombro de la joven doliente porque sabe que debe hacerlo.

—¿Qué pasó? —pregunta Frances en un tono que espera sea conciliador.

—¡¿Dónde estabas?! —gritó Shura en medio de su llanto.

Frances se sobresalta y aparta la mano en menos de un segundo.

—¡¿Dónde está Avery?! —continúa gritando, con la voz rota por la desesperación.

—No lo sé. —responde Frances con voz trémula.

Los ojos de Shura están cubiertos por el esmalte del dolor mientras sigue aferrada al cadáver maloliente de Bram.

—¡No me digas que no sabes! ¡Algo pasó aquí, Frances! — Shura mira el cuerpo de Bram y luego a su amiga, los ojos inundados de lágrimas—. Bram respiraba… Bram estaba bien… ¿Cómo es que ya no se mueve? ¿Qué demonios está pasando?

Inhala y exhala con dificultad, buscando las palabras en medio de su amasijo de sufrimiento. Frances observa todo impotente, agotada y confundida.

—Te fuiste por casi una hora, ¿y no encontraste a Avery? —añade la rubia en un tono consternado.

El aire parece adquirir la forma de mil agujas punzantes que las

rodean a ambas mientras se miran sumidas en un profundo mutismo.

—No entiendo de qué hablas. Yo solo me ausente durante unos minutos. No te preocupes, seguro que Avery encontró el camino de vuelta —responde Frances finalmente, en un tono calmo y seguro que no deja entrever grietas.

El rostro de Shura permanece inalterable por un instante, hasta que suelta una risa seca. Con sumo cuidado, deja el cuerpo de Bram, hinchado y amoratado, recostado sobre el pasto, donde las hormigas, ocultas entre los cabellos de la tierra, observan con paciencia lo que será su próximo festín.

Una vez ha cerrado los ojos de su compañero, la chica se limpia los restos de lágrimas con las manos. Luego, levanta la mirada y la clava en la pelinegra. Un ruego silencioso baila en sus ojos aguamarina.

—Solo quiero salir de aquí, Frances. Por favor, llévame a la salida —pide la rubia con voz débil.

Frances ayuda a Shura a ponerse de pie; su amiga se apoya en su hombro y la abraza con fuerza. La adolescente acaricia con los dedos los cabellos dorados de la joven, permitiéndole llorar otro poco mientras la sostiene en sus brazos.

—Estás ardiendo —murmura Frances al sentir la piel caliente de Shura—. Recoge una

de las botellas vacías. Hay un estanque muy cerca; no podrás beber el agua, pero al menos te refrescarás un poco —sugiere con voz dulce.

Shura, medio ida, hace lo que le pide y, al incorporarse, junta su mano con la de Frances. Ambas comienzan a caminar bajo el refulgir del astro embravecido.

Mientras avanzan, Shura se niega a dar explicaciones sobre la muerte de Bram. Camina en silencio, un paso detrás de Frances, quien, abrumada, solo atina a imitar su mudez y vaciar la mente en un intento de acallar las preocupaciones.

¿Cómo voy a explicárselo a madre?, piensa.

—¿A dónde dijiste que íbamos? —pregunta Shura.

—Primero al estanque, luego veremos si podemos salir de aquí.

Shura se detiene de pronto, Frances lo nota y hace lo mismo, a pesar de que le escuecen las plantas de los pies. Se da la vuelta, y la distancia que hay entre ambas, siendo unos dos metros como máximo, parece extenderse kilómetros cuando algo en la mirada de la rubia cambia.

—No. No, tú vas a llevarme a la salida, Frances —espetó Shura—. ¿Qué es eso de "luego veremos si podemos salir de aquí"? —dice con consternación antes de seguir

hablando, acalorada—. Sabes cómo salir del laberinto, no juegues conmigo —añade con seriedad.

Frances observa a su amiga con el ceño fruncido, sus ojos claros escuecen y brillan como las perlas relucientes de un collar.

—Yo… no recuerdo cómo salir —confiesa Frances en voz baja.

Los ojos de Shura descienden por el cuerpo de Frances, analizándola con atención y minuciosidad por primera vez. Nota las pequeñas manchas de sangre en su vestido, aún húmedo en algunos lugares, así como las uñas cubiertas de tierra y el cabello empapado, como si hubiera intentado limpiarse antes de correr en dirección al manzano.

Nada en Frances parece confiable o verdadero, ni siquiera sus lágrimas ni su rostro apesadumbrado.

Shura aprieta con fuerza el cuello de la botella, intentando calmarse. Cuando Frances trata de sujetarla del brazo, ella se aparta bruscamente, haciendo que su amiga de la infancia la arañe por accidente.

—Perdón —se apresura a decir Frances al ver los tres tajos sangrantes en la piel de

Shura. Ella da un paso atrás, y un silencio expectante se instala entre ambas.

Shura comienza a retroceder con lentitud, sin apartar la mirada de Frances. La joven de pelo negro, en cambio, se mantiene inmóvil, observándola con una lástima insondable, los hombros apenas encogidos.

—Shura, yo no lo hice —murmura con una sonrisa que no concuerda con las lágrimas silenciosas que le resbalan por las mejillas.

—¿Que no hiciste qué? —cuestiona Shura con la voz trémula, sin dejar de retroceder.

Frances borra su sonrisa y se sorbe la nariz. Su labio inferior tiembla cuando intenta hablar de nuevo.

—Yo no lo hice. No hice nada, lo prometo… —repite en un tono más bajo y agudo.

El golpe llega antes de que pueda procesar el movimiento de Shura, quien alza el brazo y le lanza la botella directo a la cabeza. El vidrio estalla contra su frente y su ojo derecho, hundiéndose en la piel con un sonido seco y húmedo a la vez.

Frances suelta un grito ahogado y se desploma de rodillas, llevándose las manos a la cuenca herida. Un torrente caliente le

resbala por el rostro, espesándose en sus pestañas y bajando en hilos gruesos por su mejilla. La sangre, desbordada como una represa rota, fluye por donde los cristales se han incrustado.

Frances respira hondo y el dolor le atravesó el cuerpo como un clavo al rojo vivo. Escucha los pasos de Shura alejándose, el crujido de las hojas secas bajo sus pies mientras huye a toda velocidad.

Se obliga a ponerse en pie.

Los músculos le flaquean y la sangre tibia le nubla la visión del ojo derecho, pero eso no la detiene. Tropieza con una raíz expuesta y está a punto de caer, pero se aferra a los setos y se impulsa hacia adelante.

—¡Shura! —grita, su voz desgarrada por la ira, el miedo y algo más que no sabe nombrar.

La silueta de su amiga parpadea entre los pasadizos del laberinto, un destello dorado bajo la luz inclemente. Shura no responde, solo corre con desesperación, girando bruscamente en cada bifurcación como si el instinto pudiera guiarla fuera de aquel enredo de sombras y follaje.

Nunca debió adentrarse en Brooks Manor,

tan anciana y llena de secretos, mucho menos traer a la pobre de Avery y a su querido Bram consigo. Shura sabe que los condenó. Nunca debió ceder a los caprichos de ambos; siempre dispuestos a improvisar cualquier plan con tal de escapar de la asfixiante institución. Todo era su culpa.

No.

Todo era culpa de Frances.

La pelinegra acelera el paso, tambaleándose al principio, pero cobrando fuerza con cada zancada. Utiliza la palma de su mano para intentar contener el sangrado, pero la herida sigue chorreando líquido escarlata, pegándole el cabello a la cara y empapando su vestido.

Shura jadea a pocos metros de distancia, tropezando con las piedras del camino. Frances la ve girar en la dirección equivocada, enredarse en su propio pánico.

—¡Vas hacia un callejón sin salida! —advierte, con una mezcla de alegría y desesperación, puesto que la niebla de la amnesia comienza a suavizarse.

La rubia siente que ha recorrido kilómetros, pero la silueta oscura de su perseguidora nunca desaparece. Es como si cada paso la acercará más a ella en lugar de alejarla.

Y Frances, detrás de Shura, siente que el

laberinto ha decidido que ninguna de las dos saldrá de ahí.

Al cabo de unos segundos, el sendero comienza a resultar extraño nuevamente, como si la breve claridad de la cual se había enorgullecido la joven hubiera vuelto a respaldarse detrás un hechizo indivisible que existía oculto en un trono de placidez egoísta.

Los setos se tragan cualquier sonido que pueda escapar de los cuerpos de ambas a la vez que continúan persiguiéndose la una a la otra, como si solo estuvieran jugando.

Shura toma otra curva y, por primera vez, mira hacia atrás por completo. Un escalofrío le recorre la columna al ver que Frances sigue ahí. No puede explicar cómo es que le está dando alcance.

Aquel descuido le cuesta demasiado, pues la rubia finalmente se equivoca al tomar una vuelta y choca contra una pared indestructible que la arroja al suelo. La nariz le palpita con un dolor punzante allí donde se ha dado un buen golpe. Se encoge en posición fetal, consumida por un terror que le paraliza la mente durante un instante valioso.

Al verla caída, Frances aminora el paso, sosteniéndose el costado ardiente por correr con una mano temblorosa. Se acerca con lentitud, cada uno de sus movimientos

cargado de una inquietante precisión. Cuando llega a su lado, se acuclilla y la observa desde arriba, su silueta recortada contra la luz hiriente del sol.

Gotas de sangre caliente caen desde el ojo derecho de Frances y golpean contra la piel bronceada del rostro de Shura.

—Envenenaste a Bram… —la acusa Shura, las venas se le marcan en la frente, el cuello y las manos.

Frances no reacciona.

—¡Le hiciste algo a Avery! —gritó, escupiendo saliva en su furia desbordada.

La anfitriona elimina los rastros de su llanto con un gesto ausente. Luego, con una lentitud casi ritual, lleva los dedos temblorosos al fragmento de vidrio incrustado en su ojo derecho. La piel se estremece incluso antes de ser tocada, como si el propio cuerpo adivinara el dolor venidero.

Shura guarda silencio. Su cuerpo se tensa, electrizado por la cólera, pero se mantiene inmóvil, atrapada entre el impulso de atacar y el miedo a lo que vendría después.

—¿Por qué? —pregunta Shura para distraerla. La mano de la rubia busca a tientas una piedra filosa enterrada en el pasto revestido con las hojas esqueléticas del otoño

y los cadáveres de algunas polillas centenarias.

Frances se saca el cristal con una mueca y lo sostiene entre sus dedos. Observa a su amiga con su único ojo visible, cargado de una resignación insensible.

—Nunca te agradé, ¿verdad? —pregunta en cambio Frances, llena de decepción.

Antes de que Shura pueda responder, Frances le clava el cristal en la yugular sin sobresaltarse.

El cuerpo de Shura se sacude con violencia al sentir la hoja improvisada desgarrándole la piel. Sus ojos se abren de par en par, y su boca forma una "o" muda antes de que un gorgoteo ahogado la interrumpa. Se lleva ambas manos al cuello, intentando contener la sangre caliente que brota a borbotones entre sus dedos, empapándolos con una rapidez aterradora.

Frances la observa sin pestañear, aun sosteniendo el vidrio manchado de rojo. El único ojo visible se mantiene inmutable, ajeno al temblor desesperado de su víctima.

—Nunca te agradé —repite en un susurro.

Shura intenta decir algo, pero de su garganta solo escapa un sonido burbujeante. Sus piernas se sacuden débilmente antes de

fallarle por completo. Su cuerpo cae hacia un lado, convulsionando, mientras la vida se le derrama del cuerpo, pasa a través del pasto y alimenta a la tierra negra del laberinto. Frances suspira y deja caer el fragmento de vidrio al suelo, donde se mezcla con el carbón oscuro que se extiende bajo el cuerpo de su amiga. Luego, con una calma inquietante, se pone de pie y se aleja, sintiendo el sol más ameno que nunca besar su piel en señal de devoción.



Carmen cortaba la carne de ternero con la fuerza de un leñador, bien ganada tras años de trabajo en oficios diversos. Algo ensombreció su semblante preocupado y ojeroso mientras el olor metálico del hierro penetraba la cocina con la familiaridad de un esposo. No se veía a sí misma como una maricona; bien que le habían quitado lo asustadiza y revoltosa cuando niña, a base de los estoicos latigazos que, según el juicio de todas las mujeres de su familia, educaban mejor que la escuela.

Pero Brooks Manor…

La Residencia era una cosa distinta al miedo y, sin embargo, igual. Sin importar cuánto rezara la mujer o lo mucho que intentara desestimar la influencia de aquella casa viviente. Las pesadillas siempre terminaban asaltándola, incluso despierta, desde que conoció a la heredera desnutrida y anémica que era Frances Brooks.

Hablando del rey de Roma, la chiquilla hizo su aparición de forma discreta, entrando por la puerta trasera conectada al jardín, con ese sigilo capaz de espantar a cualquiera. No necesitó voltearse para saber quién era; solo una aristócrata maleducada como Frances no saludaba al entrar en un lugar. También estaba el niño sin lengua, pero aquel nunca se adentraba a La Residencia, por lo cual lo descarto sin pensarlo.

Era una suerte que Carmen tuviera el oído bien entrenado; las secuelas de la Segunda Guerra Mundial no llegaron a provocarle sordera. Aunque todavía se estremecía cada vez que evocaba el sabor ácido y el polvo cegador que levantaba la explosión estruendosa de una bomba.

—El almuerzo no está listo —espetó, hablando por encima de las estocadas que su

preciado cuchillo provocaba al cortar la carne —, y no hay nada para picar. Mala suerte para usted — añade con burla.

Frances la rodeó y se acercó, tiritando, a la isla de la cocina. Se paró frente a la cocinera, que solo tenía ojos para la carne muerta. Carmen no se dio cuenta, creyendo que el aroma a hierro solo se había intensificado porque había logrado dar con una arteria.

Últimamente, la mujer solo encontraba consuelo de los malos sueños desmembrando algún cuerpo para la comida.

La voz baja de Frances apenas se dejó oír por encima de la sacudida húmeda de la carne de cerdo, que pintaba de rojo la isla de madera.

—No te escuché, habla más fuerte —dijo la cocinera con fastidio, mientras cortaba con precisión las costillas del animal.

—No encuentro a Isobel y Winifred. Solo están las cajas y la ropa que usaron, tendida en la cama —dijo Frances con desgana.

La cocinera frunció el ceño y detuvo el brazo a medio camino de su impacto. Con el cuchillo todavía en el aire, subió los ojos con lentitud y observó por primera vez a la heredera, cubierta de sangre seca de pies a

cabeza, bañada en el sacrilegio de arrebatar una vida ajena con la certeza de tener más derecho que Dios o el propio Diablo.

El cuerpo entero de Carmen se puso rígido; sus sentidos se agudizaron, y sostuvo el cuchillo con más fuerza por inercia. No sabía de qué hablaba la niña mimada. Buscó y rebuscó durante un largo segundo, pero no le encontró ningún sentido a esos nombres que Frances había pronunciado con tanta certeza.

Incluso el cerdo, desmembrado y decapitado como María Antonieta, parecía incrédulo ante el sinsentido que era la presencia de aquella figura enloquecida.

Carmen sacudió la cabeza, creyendo por un instante que solo era otra pesadilla.

Abrió los ojos, y ahí continuaba Frances Brooks, con la piel pintada de carmín como el cerdo y un solo ojo abierto, el otro enrojecido e hinchado por el temor a la necrosis.

Al ver la forma en que la miraba, la niña rompió a llorar; gruesas lágrimas volvieron a escurrir por el único orbe que le quedaba.

—Quiero a mi mamá. ¿Dónde está mi mamá, Carmen? — preguntó entre hipidos, mientras se sostenía el vientre con manos temblorosas.

La cocinera no respondió, pues había alcanzado su límite. Cuando Frances intentó rodear la isla para acercarse a ella, Carmen empuñó el afilado cuchillo en su dirección con una determinación propia de quienes fueron esculpidos por la vida a base de golpes feroces. Frances se detuvo y continuó sollozando.

—No te acerques —le advirtió Carmen con voz dura—. No te acerques, porque yo sí te mato. Siempre supe que algo andaba mal contigo. Esta casa está maldita, como tú. No voy a dejar que me consuman —se repitió lo último como una promesa.

—No quiero hacerte daño —dijo Frances.

Pero Carmen ya no escuchaba. En su tierra le habían enseñado una valiosa lección: era mejor cumplir condena en la cárcel que terminar en el descanso eterno dentro de una caja.

Debía salir de Brooks Manor, costara lo que costara. La cocinera no podía esperar un segundo más, porque, de lo contrario, perdería la cabeza, como la heredera de los Brooks había perdido la suya.

El cerdo decapitado las observaba con burla.

—¡Apártate! —ordenó Carmen, con el cuchillo en mano.

Frances no se movió, continuó obstruyendo

la salida más próxima al vestíbulo. A las espaldas de Carmen se hallaba la puerta que daba al jardín trasero, pero ella no planeaba ni por asomo toparse con el mausoleo ni el laberinto. En cambio, a su derecha estaba la puertecita que conducía a un enredo de pasadizos intrincados. Frente a la cocinera, lucían esplendorosas las dobles puertas principales, que eran su boleto de huida.

—¿A quién vas a decirle? —preguntó Frances.

Carmen no dudó en abalanzarse sobre ella; su mente, curtida por experiencias desagradables.

Frances levantó ambos brazos sobre su cabeza para protegerse, al tiempo que el cuchillo abría un largo tajo inclinado y profundo sobre sus antebrazos. La heredera soltó un siseo mientras retrocedía hasta golpear su espalda contra la encimera cercana. Trató de sostenerse de la misma, pero solo alcanzó a tumbar un montón de cubiertos que cayeron al suelo sucio de baldosas junto con ella.

La cocinera no se detuvo, plenamente consciente de que nunca encontraría paz si no acababa con la amenaza en ese mismo instante. Carmen soltó un grito, su caja torácica se ensanchó como la de un toro,

mientras utilizaba toda la fuerza que tenía para llevar el cuchillo directo a la cara blanca de Frances.

La hoja filosa es detenida a duras penas por la mano de la niña, quien siente cómo el arma se le clava hasta el hueso mientras la mantiene a centímetros de su rostro. Ambas forcejean; la adolescente saca fuerzas de donde puede, pero el tiempo parece demasiado corto.

El cuchillo solo alcanza a hacerle un corte superficial en el centro de la frente antes de que Frances, aprovechando su posición en el suelo, le dé una patada en las rodillas a Carmen. La cocinera tambalea y cae hacia atrás con un ruido sordo, dejando el utensilio de cocina clavado a profundidad en la palma de la pelinegra.

Frances se endereza y suelta un grito lacerante cuando arranca el cuchillo de un solo tirón.

La chica observa a la cocinera con una furia tempestuosa. La Residencia se estremece, respira y hace vibrar los cimientos mientras los ojos ocultos en las paredes se abren, curiosos y fascinados, camuflados en el desvaído papel tapiz como el patrón de la

cola de un pavo real.

Carmen intenta levantarse, con la esperanza de sobreponerse al golpe que se dio en su maltratada columna, pero reacciona demasiado tarde; la edad le juega en contra.

La heredera de los Brooks gatea con dificultad hasta donde yace la cocinera, lleva el brazo hacia atrás, sosteniendo con fuerza el cuchillo que brilla de rojo, y se lo clava a Carmen entre las costillas.

Carmen suelta un grito ahogado y lleva una mano grande en dirección a Frances, intentando arañar su rostro. La chica alcanza a apartarse y vuelve a hundir el cuchillo en su piel, solo que esta vez en su barriga, protegida por capas de ropa. Su único ojo permanece abierto y desorbitado, como los demás que parecen observar el acto.

Continúa apuñalando el cuerpo de la mujer, quien gimotea y se retuerce, negándose a morir, hasta que la acción mecánica se vuelve aburrida. La cocinera tiene la piel agujereada y sangrante alrededor de todo el torso. Su respiración se rasposa, como la de la comida agonizante que es enviada al matadero sin contemplaciones.

Después de diez minutos, Frances se pone

en pie con dificultad, sin soltar el cuchillo. Transpira y está más dolorida de lo que puede admitir en ese momento.

Se pasa el dorso de la mano sana por la frente para limpiar las gotas de sudor que le resbalan por la piel. Hace una mueca de disgusto al tiempo que deja el cuchillo sobre una encimera cualquiera.

La adolescente se queda un rato pensando con la mirada perdida, mientras la cocinera se retuerce con violencia e insulta en medio del limbo angustioso que la sumerge entre la vida y la muerte.

Frances inclina la cabeza para un lado cuando su ojo se enfoca en la pesada cabeza decapitada del cerdo.

La creatividad le besa el cerebro, y entonces los ojos de la mansión aplauden con sus pupilas dilatadas. Se acerca al cadáver del cerdo y lo hace a un costado como puede para subirse encima de la isla. Toma la cabeza del cerdo entre ambas manos antes de enderezarse. Apenas tiene tiempo para acostumbrarse al peso, pues su palma izquierda todavía palpita de dolor.

Con cuidado, calcula la distancia y da unos pocos pasos hasta estar de pie sobre Carmen. Levanta los brazos lo más alto que puede sin hacerse daño; la sangre de porcino le empapa los pies descalzos, y el tablero de madera se

encuentra algo resbaloso.

El chillido de la cocinera es silenciado por la cabeza de cerdo que le cae como una piedra sobre la cabeza.

Frances se queda contemplando la papilla de tejidos y líquidos densos que se filtran a través de la piel inmunda de este nuevo ser, que no es ni humano ni cerdo por completo.

Un viento gélido se filtra por algún rincón oculto de la casa y le lame las heridas abiertas con lenguas invisibles.

Sonríe, apenas, al escuchar las alabanzas susurradas por La Residencia.

LA CARTA

Ella está a punto de morir. La carne expuesta de su palma va a infectarse, al igual que la cuenca de su ojo derecho empieza a pudrirse.

No se molestó en limpiar el desastre; pasó la tarde y la noche recostada en el suelo sucio de la cocina. Las moscas abrazaron primero al cerdo y luego a la mujer porcina con una rapidez abrumadora, como si salieran apresuradas de otro compromiso y temieran llegar tarde al siguiente banquete.

Brooks Manor está sumida en una quietud solemne, solo se oye el monstruoso sonido de su respiración, similar al rugido de una sierra oxidada, y los leves pasitos de los demás parásitos que la habitaban. Las bisagras oxidadas de las puertas que se abren solas, son un cuchicheo que incentiva al chisme.

Ratas, moscas, polillas, cucarachas, títeres, todos se reúnen para devorar las sobras del almuerzo. Pero a ella no la tocan.

Frances sonríe al ver como una cucaracha se adentra en uno de los huecos que hay en el estómago de su nueva creación. El insecto parece desear esconderse de La Residencia y eso le arranca una carcajada.

El timbre del cartero se deja oír a lo lejos, y cualquier atisbo de júbilo se desvanece de su rostro.

Está pegada al suelo, atrapada en un fango espeso de fluidos escarlata y marrón que se adhieren a su piel.

Las palabras de su madre resuenan en su mente: Te prometo que solo serán un par de días…

¿Quizás…? No. Debía averiguarlo.

Con esfuerzo, alza el brazo derecho. Se muerde los labios hasta casi hacerse sangrar para contener el grito cuando la piel se le desprende en jirones pegajosos. Repite el mismo suplicio con el otro brazo. Liberar las piernas requiere una fuerza sobrehumana que no posee. Pero reúne el valor necesario gracias al recuerdo de la calidez que alguna vez su madre le brindó.

Se pone en pie de a trompicones, tambaleándose sobre su propia ruina.

Empuja las dobles puertas del vestíbulo con el codo y avanza con pasos lentos, casi mecánicos, hacia el buzón.

Al llegar, se detiene frente a la caja de

hierro forjado, pintada de negro, donde unas letras doradas y curvas forman la palabra Cartas. Con dedos entumecidos, abre el compartimiento.

Su mente sigue vagando lejos de allí, perdida en la suavidad del aire libre, tan dulce y amistoso en comparación con la pestilencia que emana de su cuerpo… y de su alma.

Saca del interior de la caja negra un par de postales, esas baratas que Celine solía enviar como una tímida compensación por su ausencia. Su ojo se abre de par en par al sentir el tacto del papel. Acaricia el sobre hasta el borde con la yema de los dedos, un gesto anhelante que por el momento le alivia la extraña necesidad de devorarlo.

Una sonrisa se asoma a sus labios al ver el escudo familiar: un soldado rodeado por laureles. El corazón le vuelve a latir. Se deja caer al suelo, ansiosa, para leer la carta de su madre con avidez.

28/09/1967

Mi niña preciosa,

No sé cuándo vayas a leer esto; ya sabes cómo es el correo, lento como una anciana, pero hago mi mejor esfuerzo.

Cuando regrese a la residencia, veré si encuentro a alguien que se atreva a arreglar

la electricidad. Así ya no tendrás motivos para estar enojada conmigo.

En fin, me estoy desviando.

Te he extrañado mucho (de verdad, muchísimo) y compré un montón de cosas bonitas para ti y para mí. Estoy segura de que te encantarán. Y si no, siempre hay espacio en mi clóset.

Si todo sale como espero, en tres días estaremos juntas de nuevo.

¡Qué emoción!

Espero una bienvenida gloriosa.

Tuya,

Tu madre.



Frances termina de leer la carta, y unas gotas de lluvia caen sobre el papel, a pesar de que el cielo sigue despejado. Suelta una risa ahogada, un sonido quebrado que se parece demasiado a un gemido lastimero, mientras dobla la hoja en pequeños cuadrados.

Se lleva la carta a la boca y se la traga, mastica las palabras de su madre con la esperanza de aplacar el hambre atroz que le aprieta las tripas.

Hace lo mismo con el sobre, con el sello. Y con las postales que tiene a mano.

La mezcla pastosa, áspera y amarga, se desliza lentamente por su garganta, pero el hambre continúa ahí. Inmensa. Insaciable.

MOMIFICACIÓN

Las palabras de miel
logran embalsamar el corazón,
inmortalizar el sentimiento
y condecorar el anarquismo de la vista.

Apuñalan la democracia de
la mente, sin pena, con
júbilo.

Socavón hádico
que **almacena** la luz de mil almas.

LA ENTREGA

Utilizó las horas que quedaban de luz para prepararse. El día treinta era una bailarina ansiosa y herida que buscaba terminar su danza cruel lo más pronto posible.

La luna conoce su secreto; por eso, su rostro lleno de lunares brillantes la observa impotente, al igual que los árboles desnudos, que se han puesto pajarita y esperan emocionados para presenciar el espectáculo nocturno.

El leve murmullo de las voces la incita a dejarse abrazar por el pánico a medida que recorre los pasillos, avanzando directo al ala de los niños olvidados. Se resiste a hundirse en el agua que carga, sabiendo que esta es su última oportunidad para arreglar las cosas.

El trepidar de sus huesos continuaba constante, incluso cuando extendía la mano vendada con descuido para abrir las dobles

puertas talladas con flores de un blanco perlado.

Las bisagras se quejaron con un chillido de roedor, y el aire del interior la envolvió con su aroma fúnebre: humedad añeja, llanto sofocado, sangre marchita y polvo acumulado con los siglos.

Dentro, los juguetes desestimados se apilaban como los vestigios de una infancia enterrada. Caballitos de madera con crines deshilachadas, camas diminutas con mantas raídas, muñecas de porcelana de miradas vacías y soldados de juguete que nunca libraron más batalla que la del abandono. Había jugado allí en sus primeros años, hasta que se lo prohibieron, y el lugar se convirtió en un desván de espectros y polvo. Lo recordaba soleado de alegría, limpio, seguro… hasta que eso la atrapó entre sus dientes.

“Nunca debes ir al ala de los niños durante la noche”, le había advertido su padre antes de la tragedia. Pero prohibirle algo había sido como pedirle que dejara de respirar. En aquel entonces, su yo infantil se sintió atraído por aquel rincón con una fascinación malsana, como quien ansía el fruto prohibido por su

dulzura.

Ahora comprende que el olor almizclado, la cálida sensación de refugio, no eran más que la trampa de un depredador paciente. El Otro disfrutaba atrayendo a los más pequeños.

A lo largo de los años había vuelto a ese sitio, siempre de día, siempre con un pretexto. Tal vez era un impulso morboso, un castigo autoimpuesto, una búsqueda desesperada de algo que ya no estaba. Tal vez quería encontrar restos de su dignidad entre las baldosas, manchadas una vez con lo que una sirvienta —cuyo rostro ya había olvidado — limpió hasta desaparecer.

Pero nunca de noche. Nunca.

Debió hacerle caso a su padre. Tal vez así, lo que ocurrió hace casi una década no la habría reducido a un algo lejano, a una sombra en lugar de la hija de alguien. No debía llamarlo aquella vez, y no debía siquiera pensar en hacerlo de nuevo.

Pero ahí estaba.

Corrió las pesadas cortinas y abrió las ventanas bien cerradas con una calma infundada. La tela vaporosa le acarició la piel que no alcanzaba a cubrir su camisón de dormir. La luna reflejaba su luz plateada en la piel lechosa que no estaba masacrada o en

pleno proceso de desglose. Horas antes, Frances intentó cubrir sus heridas lo mejor que pudo, pero las vendas eran insuficientes.

Extendió los brazos hacia el vacío, como si le implorara a los astros un deseo que llevaba demasiado tiempo sin ser escuchado.

—Ven a mí… —susurró a la noche.

Un viento gélido la azotó de imprevisto, erizándole el vello de la nuca. Cayó de rodillas sobre el sucio suelo de losas, sin contemplaciones ni resistencia.

Mantuvo la mirada gacha, incluso cuando el sonido del acero rasgando la piedra se hizo eco a su costado. Un hedor nauseabundo, algo peor que la podredumbre misma, se deslizó hasta sus fosas nasales, obligando a sus ojos inquietos a humedecerse.

Lo sentía.

Estaba detrás de ella.

El Otro extiende una de sus manos esqueléticas, resguardado tras su armadura ornamentada, y acarició un largo mechón de su cabello ondulado, como quien juega con la comida.

—Me llamaste —murmuró con su voz profunda y hueca. Frances permanece petrificada.

—Te necesito —consigue responder en el mismo tono—. Estoy muriendo.

La cosa sonríe bajo su casco oxidado, del mismo color que un

lago cristalizado por la débil luz en la penumbra.

Él responde en un idioma que no le es desconocido, palabras errantes de un ser momificado. Frances no necesita entenderlas por completo; puede intuir la respuesta.

—Quiero ver a mi madre por última vez. Dame un día más, solo eso te pido —ruega con voz trémula.

El Otro no responde de inmediato. El corazón de Frances titila como una vela al borde de apagarse; dentro de su pecho, se arremolinan semillas de granada que intentan germinar en una tierra estéril, devastada.

—¿Qué sacrificas a cambio? —pregunta con voz rasposa, mientras uno de sus dedos argentados le recorre la columna vertebral, desde la nuca hasta la base.

La chica sabe lo que él más desea, porque a ella también le gustaría poseer aquello que aplaca el hambre de los monstruos.

—Mi corazón.

Los ojos del cazador arden con un fulgor exorbitante, una llamarada extinta desde hace siglos. En el lugar donde alguna vez debió latir un corazón, solo queda una piedra marchita, fría e inconmensurable.

Agarra a Frances por la nuca y la obliga a enderezarse de un solo tirón doloroso. Ella lo observa imperturbable con su único ojo. No puede distinguir la parte superior de su rostro, pero sus colmillos están ahí, filosos y

mortíferos, como promesas carnívoras de medianoche.

—¿Aceptas por voluntad propia? —pregunta él, con un dejo de impaciencia.

—Acepto —respondió ella en voz baja.

El cazador rasga la tela del camisón con una facilidad perversa. Su torso queda expuesto bajo la luz pálida, y él la contempla siendo puro apetito.

Se inclina sobre ella y le muerde el pecho. Sus dientes atraviesan piel y músculo con la precisión de una guadaña. Frances siente que se desvanece cuando alcanza el hueso y lo rompe. Entonces comprende que El Otro no va a cometer el error de contenerse por segunda vez.

Un tirón, un desgarramiento húmedo. Jadea, sus fuerzas se disipan cuando ve su propio corazón expuesto, aterciopelado, aun latiendo bajo la cárcel de venas bifurcadas que lo protegen.

No la suelta.

Engulle sin prisa los restos de carne que le arrebató en el proceso.

Besa su corazón con ternura antes de devorarlo.

MIOCARDIO

01/10/1967

Frances rellena el hueco de su pecho con plumas.

Las almohadas de su habitación yacen desmembradas, despojadas de su propósito, la observan con su cuerpo enflaquecido mientras ella se enfunda en el mejor de sus vestidos. Su nueva piel, azulada y gris a la vez, hace que la tarea de lucir presentable sea casi imposible.

Se aplica rubor con dedos torpes, pinta sus labios con delicadeza. Pero el sol, incluso en su cenit, se esconde de ella.

Tras arreglarse, avanza con aire meditabundo hasta el ala de empleados. Isobel y Winifred siguen sin aparecer.

Atraviesa el montón de cachivaches con la destreza de quien ya ha recorrido ese camino demasiadas veces.

Recoge la última vestimenta que portaron ambas mujeres.

Con la ropa ajada en una mano y el rastrillo de Henry Turk en la otra, se encamina hacia el comedor.

Detrás de ella, sus amigos la siguen en silenciosa procesión, dejando a su paso un

rastro de hebras blanquecinas que el viento se encarga de dispersar.

Acomoda el vestido de Winifred en una de las sillas, el chal y la falda de Isobel a su costado, y hace que el rastrillo de Henry Turk quede sentado de forma educada frente a ambas damas.

Con movimientos torpes, saca la vajilla cara y los manteles, desplegándolos sobre la larga mesa para fiestas que rara vez se usa. Alinea los cubiertos con esmero, los ajusta y reajusta, su mente embotellada en esa tarea.

Cuando termina, observa los platos esmaltados vacíos con la consternación de un niño extraviado. Mira a los lados, desorientada, como si la respuesta pudiera revelarse en las sombras que proyecta La Residencia.

Finalmente, toma uno de los cuchillos dispuestos frente a su asiento. Lo desliza con lentitud sobre su dedo, rasgando la carne sin prisa, sin sentir nada.

Levanta la mano y deja caer el dedo en el plato que corresponde a su madre, allí, en la cabecera de la mesa.

A falta de nada más que hacer, se siente en el otro extremo alisando su falda para que su atuendo no se llene de arrugas.

Espera.

***

La puerta principal se abre de golpe, dejando entrar una bocanada de aire frío junto con la risa atolondrada de Celine, quien se despide del conductor con una efusividad despreocupada, repleta del tintineo de maletas golpeándose entre sí y del brillo renovado que solo ofrecen los bucólicos campos de Irlanda del Norte y el descanso bien merecido.

—¡Ya estoy aquí! —exclama desde el umbral, su voz melodiosa rebotando contra las paredes—. El viaje fue agotador, pero tan gratificante. Ni te lo imaginas, tengo tantas cosas que contarte, mi vida…

Mientras habla, sus pasos se acercan con ligereza por el pasillo.

—¿Dónde estás? —pregunta, arrugando la nariz—. ¡Dios, qué mal huele! ¡Alguien ha estado holgazaneando, eso es seguro!

Celine dobla a la izquierda al terminar el vestíbulo y entonces la ve. Quizás, por primera vez en su vida, observa a su hija realmente. La imagen le congela la respiración, su sonrisa se disuelve con una lentitud enfermiza.

El iris de la mujer comienza a golpear la esclerótica como una bola de billar que rebota incesantemente en una mesa de juego, perdiendo toda dirección y control.

Frances le sonríe a su madre, su piel mortecina se arruga como la de un anciano, cada pliegue un eco de la vida que ya no es.

Celine entreabre los labios y el grito que suelta estalla como una bomba, desgarrando el aire con su miedo. La hija, aterrada, se encoge en su sitio, buscando refugio en la podredumbre de su cuerpo muerto.

La mujer desesperada se da la vuelta y corre hacia la salida, pero La Residencia, impecable, le cierra las puertas en la cara con un solo golpe, negándole el paso a su último intento de fuga. Celine, presa del pánico, solloza mientras golpea con ambos puños la puerta cerrada, cada golpe una súplica a un dios sordo.

—¡Collins, sácame de aquí! ¡Alguien que me ayude, la niña se ha vuelto loca! —grita con voz aguda, quebrada y entrecortada, sus palabras fueron tragadas por las paredes mismas.

—Mamá… —Frances consigue hablar con esfuerzo, levantándose lentamente. Forma una cruz con sus brazos, abrazándose a sí misma, cubriéndose el manto de plumas que parece arrancado de un hombre pájaro mutilado. Se acerca con cautela a su madre, pero la mujer sigue golpeando la puerta con desesperación, ajena a su presencia.

—Mamá, te extrañé mucho. —dice Frances, su voz un susurro que se pierde en la inmensidad de la casa, tan frágil y delgada como un hilo a punto de romperse.

Celine voltea la cabeza, sus ojos se agrandan y vuelve a soltar otro grito de vidrio contra metal. Evita a su hija con un movimiento brusco, empujándola con fuerza para poder seguir corriendo hacia el comedor, donde había visto el rastrillo. A medio camino, tropieza con un tablón sobresalido y cae pesadamente sobre su cadera, pero se levanta con rapidez, sin darle tiempo al dolor de alcanzarla.

Una vez dentro, avanza cojeando, con el rostro distorsionado por la ansiedad, hasta alcanzar el rastrillo. Lo toma con manos temblorosas pero firmes. Su peinado perfectamente cuidado se ha deshecho, y el cabello platinado que enmarca su rostro resalta sus ojos ávidos.

—¡Aléjate! —gruñe empuñando el rastrillo con fuerza, apuntando a su hija que sigue avanzando paso a paso, a pesar del peligro inminente.

—Por favor… —le ruega Frances, acercándose, extendiendo los brazos hacia ella como cuando era pequeña, su voz tambaleándose entre el desespero y la esperanza.

Celine cierra los ojos con fuerza, apretando

los dientes, y clava el rastrillo en el pecho de su hija con una determinación fría y calculada. Abre los párpados cuando el ruido que hace el golpe resuena como el susurro de una nube desintegrándose, y ve cómo las plumas se alzan, desplegándose en el aire cual lluvia de algodón en los campos de azúcar.

El rastrillo atraviesa el tórax de Frances hecho en su mayor parte de aire, y la única resistencia que recibe el impacto es la tela del vestido que Celine le compró en una tienda de segunda mano, ahorrando unos pocos céntimos para no gastar demasiado en su hija.

Frances baja los brazos, los hombros se le hunden y permanece observando durante un largo rato la herramienta que le atraviesa el pecho. Con un esfuerzo doloroso, sube la mirada, y sus ojos almendrados derraman gruesas lágrimas espesas en compensación de la sangre que le fue drenada del cuerpo.

Celine, estupefacta debido en lo que se ha convertido su hija, desprende lentamente sus manos del rastrillo, como si el peso de lo ocurrido la estuviera aplastando, y se deja caer al suelo, incapaz de sostenerse por más

tiempo.

—¿Por qué no me amas? —le pregunta la hija a la madre.

Celine se la queda mirando, su garganta está seca y la mente se encuentra en blanco, rindiéndose con lentitud ante una verdad inevitable.

—Porque no me agradas. Nunca te quise —responde sin dudar.

Frances no dice nada, el aire palpita y La Residencia está extasiada. Después de un momento, se retira el rastrillo del torso con facilidad y se lo clava a su madre en el busto, abriéndole la carne para llegar hasta el fondo.

Celine tose con estrépito, la sangre brota de su boca y se derrama por su mentón. Frances, con mirada vacía, arranca el rastrillo de la piel de su madre y lo lanza lejos, observando cómo la tela de su vestido se tiñe de un rojo oscuro, mientras trozos de carne quedan adheridos a los dientes del instrumento.

Con un resoplido de frustración, se limpia las mejillas y, sin prisa, se recuesta junto a Celine, apoyando la mitad del rostro en el pecho sangrante. La vida ajena se apaga con rapidez, ahogada por el rencor y la rabia. Frances, con un gesto que destila una ternura agonizante, extiende la mano hacia su madre, obligándola, en un último acto de pura necesidad, a abrazarla, como si esas palabras

pasadas nunca hubieran existido.

La madre intenta estrangular a su hija haciendo uso de la poca fuerza que le queda, pero su maldad queda vista por la otra como un indulto en forma de caricia.

Frances sonríe con tristeza al oír el latido pausado de su madre resonar contra su oreja.

—Mamá, puedo sentir tu corazón —le dice con voz dulce.

La niña suelta una risa cantarina y eso es lo último que escucha Celine Brooks antes de cerrar los ojos para siempre.

LA FOSA

Ese mismo día en la noche...

En una carretera solitaria, medio abrazada por un bosque frondoso y envuelta en la bruma de la tarde-noche, Isobel refunfuñaba sobre objetos perdidos, mientras Winifred, hastiada del glamoroso vestido de encaje de los años veinte que le picaba la piel, alzaba su mano curva por la artritis para detener un descapotable rojo.

El automóvil pasó de largo, salpicándolas con el agua sucia de los charcos formados tras la intensa y breve lluvia del mediodía, una tormenta que había estallado sin previo aviso en un cielo despejado.

—¡Qué atrevimiento negarse a recogernos! —gritó Isobel, su rostro maquillado con el tono perlado de una almeja, contorsionado por el descontento.

Tras haber soportado toda una odisea para asistir a la obra — un viaje de casi ocho horas desde la

madrugada y dos noches hospedándose en un hostal de mala muerte—, caminaron por la acera sucia de la ciudad mientras comentaban la actuación ridícula de la protagonista.

"Demasiada euforia para un momento de profunda melancolía", había sentenciado Isobel con la soberbia indiferente que adoptaba al criticar la actuación ajena.

"Se nota que es amateur. Seguramente consiguió el protagónico con alguna que otra ayudita", respondió Winifred en el mismo tono.

Ahora, con el frío calándose entre los hilos del vestido y los músculos entumecidos por la fatiga, Winifred solo anhelaba llegar a casa y dejarse caer en su cama, rodeada por los vestigios de su antigua gloria.

—Ya verá cómo la vida le devuelve el favor cuando más lo necesite. Ese ordinario... —siguió quejándose Isobel.

—Tranquilízate, querida. Creo que veo otro auto acercándose —dijo, entrecerrando los ojos ante los dos faros que se aproximaban con decisión, devorando la oscuridad a toda prisa.

Esta vez, cuando extendió la mano, el vehículo fue reduciendo la velocidad hasta detenerse a un costado de la carretera.

Winifred agradeció internamente al universo por aquel pequeño milagro; era bien sabido que, en Inglaterra, no se podía confiar en nadie, y menos en dos mujeres envueltas en trajes brillantes, con sombreros ostentosos coronando sus cabezas como la cereza de un pastel, y guantes de baile que parecían más apropiados para una velada con los fantasmas que para quedar varadas en medio de la nada.

Lo que desde la distancia parecía un simple medio de transporte resultó ser algo mucho más peculiar. La camioneta destartalada, pintada de un verde apagado como las hojas resecas del verano, cargaba en su parte trasera un gallinero entero. Las gallinas, tan gordas que algunas apenas podían sostenerse sobre sus patas deformadas por el peso, cacareaban histéricas, mientras que unos pocos polluelos temblaban en el rincón más oscuro del maletero improvisado con madera astillada.

Winifred, con una creciente inquietud, siguió a Isobel, que seguía parloteando incluso en la situación menos propicia.

—Muchas gracias por detenerse, buen hombre. ¿Podría ayudar a un par de damas abandonadas a la intemperie? — preguntó Isobel con su tono más encantador.

El conductor, un hombre de complexión ancha, las miró con los ojos entornados antes de encogerse de hombros.

—Seguro, pero una tendrá que ir atrás —dijo.

Ambas asintieron sin dudarlo. El hombre se estiró para abrir la puerta del acompañante antes de bajar de un salto.

La elegida fue Isobel, pues Winifred y sus delicados huesos no habrían soportado el aire gélido de la noche, que comenzaba a asentarse con comodidad en el horizonte.

La de cabello morado se subió al asiento del copiloto con cierta dificultad y escrutó el interior del vehículo: el aromatizante con fragancia a playa, el rastro de ceniza esparcido sobre el tablero, la pequeña bailarina hawaiana que movía su cabeza morocha al compás del ruido entrecortado que escapaba de la radio. Afuera, escuchó el alboroto orquestado por las gallinas cuando movieron sus estrechas jaulas para hacerle un hueco a la robusta figura de Isobel, seguida por la tos rasposa del conductor al terminar la tarea y el peso de sus pasos al acercarse.

El hombre le dirigió una mirada aburrida antes de cerrar la puerta. El motor arrancó tras unos cuantos gruñidos de bestia agonizante, y la camioneta se puso en marcha

con un ritmo que oscilaba entre la velocidad de un ciclista y la parsimonia de una tortuga.

Entre el leve olor a cerveza y moho, la certeza de una oscuridad envolvente, el testamento cacofónico de las gallinas, el grito distorsionado de la radio y la ausencia de Isobel, Winifred solo alcanzó a envolver mejor su chal de seda de araña, encogiéndose en su asiento a medida que los minutos pasaban en una angustiante mudez por parte del conductor.

—El clima está muy frío, ¿no le parece, señor…? — alcanzó a decir Winifred con timidez.

—Smirnov —completó él. Luego, con un tono ambiguo, añadió—: Yo no me preocuparía por el frío, señora. Por estos lares, morir de hipotermia es casi un acto de misericordia.

A Winifred se le erizaron los vellos de la nuca.

—¿Por qué dice semejante cosa? —preguntó, cohibida. El señor Smirnov no se inmutó al responder.

—Después de tantos viajes por carretera, uno escucha historias. Dicen que, por aquí cerca, hay una fosa con un gran estómago que devora todo lo que entra en ella. Uno pensaría que son puras patrañas… hasta que

los oye gritar desde lejos.

Son como las gallinas: intentan escapar, pero solo terminan cayendo a medio camino del matadero, con las cabezas aplastadas por las llantas de los autos.

Soltó una risa seca.

Winifred se quedó sin habla. Aquel hombre extraño, de apariencia estoica, le parecía cualquier cosa menos confiable.

—Ah, no le pregunté… ¿hacia dónde se dirigen usted y su amiga?

Winifred tragó saliva antes de intentar responder, pero las palabras se desvanecieron en el aire. Frunció el ceño y trató de recordar, solo para descubrir que donde antes estaban sus recuerdos, ahora había una pared en blanco contra la que chocaba en vano. Se contuvo de suspirar al darse cuenta de que la edad comenzaba a hacer estragos en su mente.

—¿Será que puede dejarnos en Camden Town? —se apresuró a decir cuando recordó que no quedaba demasiado lejos y que allí vivía una prima suya, conocida por su hospitalidad y por no hacer demasiadas preguntas.

El conductor se lo pensó un momento antes de asentir con indiferencia.

—Sin problemas.

No volvieron a hablar durante el resto del trayecto.

***

Smirnov se despidió de ellas con cordialidad cuando bajaron de la camioneta en una calle bien iluminada, donde unas pocas personas transitaban con desgano. Apenas el vehículo se alejó, Isobel torció el gesto con asco y comenzó a quitarse algunas plumas blancas adheridas a su vestido.

—Qué desagradable —murmuró, sacudiéndose con fastidio—. ¿Winnie, por qué estamos en el barrio de Mary? ¡Se supone que debíamos ir a casa!

—Esa es la cuestión, Bel. No recuerdo dónde queda— confesó Winifred, tratando de ignorar los escalofríos que la asaltaban desde su conversación con el conductor.

Isobel abrió la boca, dispuesta a replicar con su habitual exasperación, pero se atragantó con su propio enfado al darse cuenta de que en su mente tampoco aparecía ningún nombre de calle, ningún número, ni siquiera una ciudad. Solo quedaba aquella habitación en la que solían dormir, flotando a duras penas en un olvido blanco como la leche.

—Bueno… supongo que esa prima tuya no

tendrá reparos en recibirnos —razonó finalmente, aunque su seguridad y altanería habituales se habían disipado, reemplazadas por el mismo temor que debieron sentir aquellas gallinas enjauladas, sometidas a los infortunios de un destino cruel.

—Mejor vayamos, querida —susurró Winifred, tomando la mano temblorosa de su compañera mientras echaban a andar por el laberinto de moda y curiosidades que ofrecía Camden Town.

Ambas sabían que, de alguna manera, estaban desnudas. Despojadas de su pasado. Pálidas y renacidas, como la luna que alumbraba el cielo.

BROOKS MANOR

Al día siguiente…

Henry Turk se despierta de un largo sueño en el interior de su casucha. Se calza las botas de trabajo, su único par de calzado, con tranquilidad.

Al salir afuera, se topa de frente con un sol que se asoma en el horizonte como una yema de huevo bien cocida.

Pasa a través del codicioso laberinto, el invernadero burlón y la cocina glotona para llegar al comedor de vocación dramaturga.

Ve a la madre y a la hija tiradas en el suelo, sumidas en su abrazo eterno, con los ojos saltones calmos. Da unos pasos en dirección a la esquina donde se encuentra tirado su rastrillo y se agacha a recogerlo.

Antes de irse, le da un beso en la coronilla al cadáver de Frances Brooks.

Sale al exterior en cuestión de segundos, dando largos pasos para librarse de las fauces de La Residencia. Sin correr, porque correr es una provocación en sí misma.

La luz de la mañana le golpea la piel albina; Brooks Manor está tan satisfecha como él mismo.

Suspira con alivio y comienza a rastrillar las hojas del otoño.

FIN

SOBRE EL AUTOR

Vivienne Bradford (19/02/2008) nació en el corazón de Sudamérica, donde actualmente reside en una casa rodeada de plantas y habitada por diez gatos. Asiste a un colegio católico y desde temprana edad encontró en la escritura una forma de explorar la oscuridad, el dolor y la belleza inquietante del mundo. Sus mayores influencias literarias incluyen a R. F. Kuang, Agustina Bazterrica y Mariana Enriquez, figuras que moldearon su visión crítica y estética de la literatura. Con una voz joven pero contundente, Vivienne Bradford escribe horror desde una perspectiva íntima, femenina y profundamente emocional.